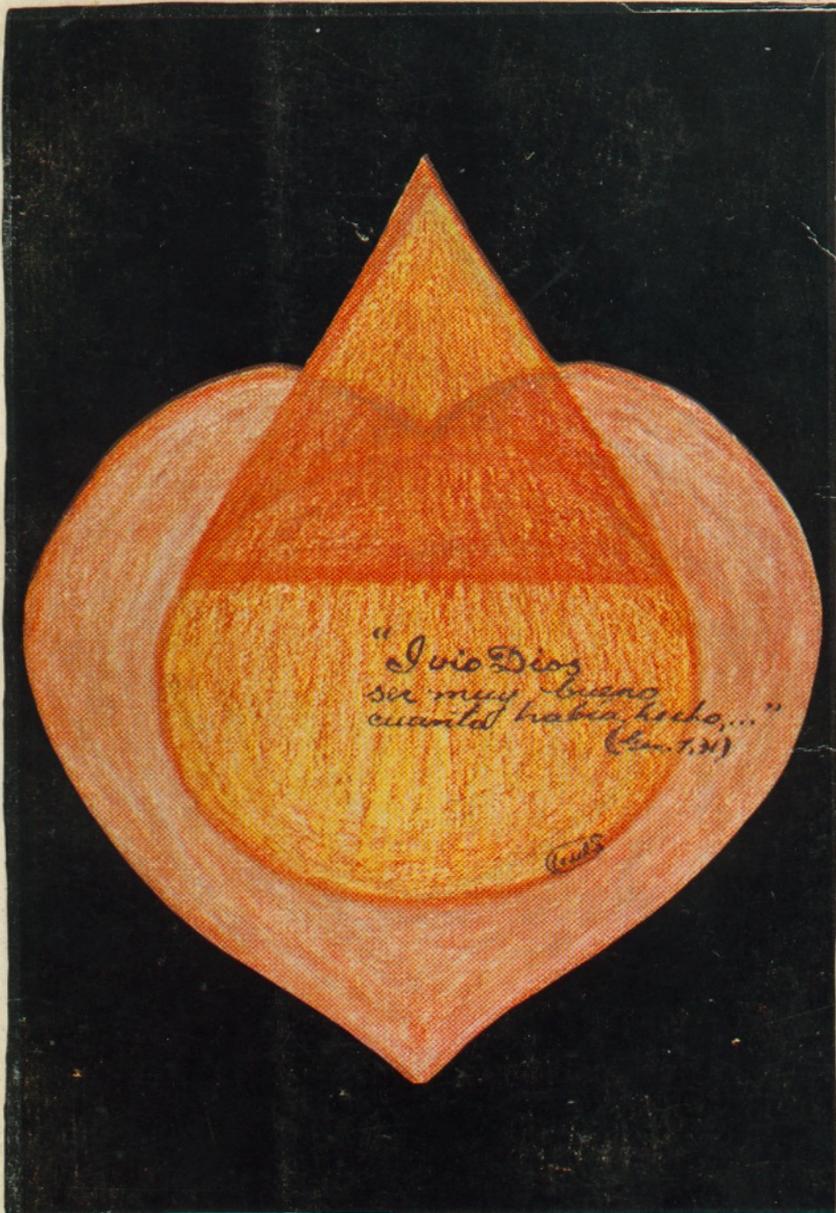


UN MUNDO OPORTUNO SEGUN



EL CORAZON DE DIOS

UN MUNDO SEGÚN EL CORAZÓN DE DIOS

Presentado por
Fr. José BARRIUSO

Tipografía Hispano-Arábica
Arzobispado de Tánger
TÁNGER
1970

Presentación

El mundo según el Corazón de Dios no es lo que solemos entender por un mundo ideal e inalcanzable por lo mismo o hipotético, sino todo lo contrario, el único mundo real y eterno, que verdaderamente existe.

Nuestros ojos están habituados a los esquemas o apariencias de que habla San Pablo, cuando dice: «*Pasa la apariencia de este mundo*» (I Cor. 7,31).

El desconcierto es enorme cuando los principios y lenguaje de un mundo son traspuestos al otro. Ordinariamente no se encuentra otro recurso para salvarlos que hablar de pensamiento paradójico, exageraciones o formas literarias. Esto supone que no se los distingue.

El nudo del equívoco es muy sencillo. Para el común de los hombres el mundo en que estamos acostumbrados a movernos está pendiente de Dios, sí, pero es ordenado y dirigido por las criaturas, concretamente el hombre, y el mundo según el Corazón de Dios, al revés, es sostenido, dirigido y ordenado directamente por Dios a través de las criaturas. Lo que en el cambio de la frase se esconde no es un puro juego de palabras, sino en el mismo objeto una realidad muy diversa, porque el mundo formado por todo lo que San Pablo dice que ha de desaparecer es construido y ordenado por la voluntad de las criaturas en el uso del «poder» recibido de Dios, pero el mundo según el Corazón de Dios es construido y dirigido solamente en la VOLUNTAD DE DIOS. Por eso

el mundo construido en la voluntad de las criaturas es fugaz y perecedero. El mundo, según el Corazón de Dios, es un mundo eterno. El proceso en que nos encontramos es más bien de manifestación del mundo querido por Dios. La realidad es la misma porque Dios es el que le ha llamado a cooperar al hombre a lo que él, quedándose en sí mismo, llama construcción, pero que, en los Designios de Dios, no es más que una manifestación.

Esta verdad tan elemental y sencilla no siempre es tenida en cuenta por el hombre. Y cuando los valores y las perspectivas han sido alterados hasta la misma capacidad de comprensión de la existencia se desvanece. Esta se presenta como un absurdo.

La verdadera perspectiva y orden de valores nos la da el Evangelio, pero nosotros con nuestras cobardías y acomodamientos lo estamos también corrompiendo. Para justificación, cuando todavía no nos hemos atrevido a negarlo del todo, acudimos a teorías y explicaciones que lo desvirtúan.

Saliendo al encuentro de estas orientaciones, UN MUNDO SEGÚN EL CORAZÓN DE DIOS quiere recordarnos las estructuras del mundo querido por Dios en toda su pureza y con todas sus exigencias.

Que hemos de cambiar nuestra mirada sobre la realidad, haciéndola penetrar en profundidad a través de estas apariencias que para nosotros frecuentemente constituyen el sustituto de la realidad, y ¿qué duda cabe?

¿Y no será a esto a lo que nos está llamando la contestación total que ha invadido y está cuarteando el

mundo en que vivimos?

A esta luz ya no parecerá tan extraño el fenómeno y comenzaremos a comprender, finalmente, que el Evangelio hay que tomarlo en serio, como no *se* hacía en un cómodo «establishment» que nos permitía gozar sin inquietudes beatíficamente de este mundo. La finalidad del Evangelio no es tanto apuntalar y mantener en pie una sociedad que se desmorona o hacer mejor y más confortable al mundo cuanto hacernos conocer y darnos la posibilidad de vivir real y conscientemente en la VOLUNTAD DE DIOS, de acuerdo con nuestra vocación de hombres, llamados por Dios a cooperar en la OBRA de Dios.

Es lo que forma el contenido de este libro. En él son puestas las bases y estructuras fundamentales de una contestación total al mundo desde el Evangelio. Muchas de las contestaciones ciegas que agitan al mundo de hoy podrían encontrar una respuesta a sus más profundas aspiraciones volviendo sus ojos al Evangelio. Predicar el Evangelio en todo su rigor y exigencias, como lo están pidiendo, quizás sin saberlo ni tener conciencia de ello, las multitudes contestatarias, sobre todo de jóvenes, es lo que pretende UN MUNDO SEGÚN EL CORAZÓN DE DIOS.

Fr. José BARRIUSO

ELEVACIÓN

Señor, un deseo palpita en nuestras almas ¡lo eterno!

Se dice frecuentemente que es necesario crear un “mundo nuevo”. ¿Es esto posible? En primer lugar, el crear no compete al hombre; es propiedad exclusivamente Tuya, Señor. Y en segundo lugar, lo nuevo, por muy bello que nos lo imaginemos, dura poco; y al correr de los años, eso “nuevo” se convierte en algo “viejo”.

Por eso, Señor, nosotros no queremos crear nada nuevo, que, pasado el tiempo, pueda convertirse en un museo de antigüedades. Nosotros no vamos a hacer nada. Solamente una cosa: No obstaculizar tus proyectos eternos, que con nuestra rebeldía hemos impedido los hombres.

Señor, estamos cansados de mundos y estilos nuevos de vivir. Deseamos, con más o menos conciencia, un “mundo eterno”: ese mundo ideado por ti desde que pensaste crear al hombre. Tenemos que desprendernos de ese afán de crear, que, como una asfixia, ha venido sofocando todos tus intentos por implantar en el mundo tu reino para darnos la eterna felicidad. Y es que eres tan inmensamente perfecto, Señor, que no pasas por encima de nuestra libertad, para imponer tus eternos deseos.

Señor, danos la humildad de estarnos quietos. Enséñanos a dejarte poner por obra ese “mundo eterno”, que incansablemente vienes proyectando sobre nosotros.

INTRODUCCIÓN

No es cosa fácil imaginarse la vida de los hombres de una forma distinta a como se presenta ordinariamente. Sin embargo, el hombre que traspase con una mirada profunda los mil incidentes del estado actual del mundo, podría hacerse esta pregunta: ¿Cómo se habría desarrollado la historia de la humanidad sin el pecado? Esta pregunta tiene un valor práctico, aunque a primera vista no lo parezca. El esfuerzo de Jesús, en su predicación, está centrado precisamente en eso: retornar al hombre a ese estado en que Dios le «creó» y determinó para él: *«Sed santos, como santo es vuestro Padre celestial»*.

Si el pecado no hubiera penetrado en la historia del hombre, ésta se hubiera desarrollado con la espontaneidad con que se desenvuelve el juego de unos niños ante la mirada bondadosa de su padre; brevemente, seríamos niños felices. Ahora conocemos el bien y el mal, pero no somos felices. Sin embargo, el hombre aspira a la felicidad constantemente, mas, como no la busca donde la perdió, se ha creído capaz de inventarla. Por un instante parece que la consigue; mas esa felicidad es fugaz, y otro «invento» viene a llenar el vacío que dejó el anterior; y así sucesivamente.

De lo que se podría concluir: los inventos que son considerados como un progreso, son consecuencia evidente del pecado. Sin éste, los «inventos», que son el orgullo del hombre «caído», no existirían. Esto no quiere decir que no los conocería; probablemente mejor de lo que los conoce ahora, pero no les daría la importancia actual, pues el conocimiento y el gozo de la posesión de Dios llenaría su alma de una forma inconcebible para nosotros. ¿Se da importancia a la luz

de una lámpara cuando tenemos el sol radiante del mediodía? Y, sin embargo, esa misma lámpara la encendemos a media noche, y si no hubiéramos visto el sol, creeríamos que esa lámpara era insustituible. Esto nos lleva a una conclusión sumamente sencilla: el pecado ha sumido al hombre en las tinieblas; y éste en lugar de pedir a Dios la luz verdadera ha creído que puede inventarla. Los inventos técnicos son las lámparas que el hombre ha encendido en esa oscuridad. Ellos han reafirmado al hombre en este mundo, lejos de Dios, de tal forma que se considera dueño del mismo. El hombre, incluso creyente, piensa que esos inventos son un desarrollo de la inteligencia, que Dios le ha dado. Hay que decir a esto que el verdadero desarrollo de la inteligencia humana debe tener otra dirección: el conocimiento de Dios. Para esto El se la dio, sino exclusivamente, sí principalmente. El pecado ha cambiado la orientación de los conocimientos del hombre: En lugar de hacerlo en sentido vertical, lo ha realizado en sentido horizontal. De tal forma ha profundizado en esos conocimientos, que ha llegado a la locura de creer innecesaria la existencia y asistencia de Dios.

Volver a aquella infancia espiritual deseada por Dios, es obra más difícil para el hombre que la realización de un vuelo espacial. Sin embargo, las palabras de Jesús están ahí como una invitación dulcemente vigorosa: *«Si no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos»*, y aquellas otras: *«En verdad, te digo que quien no naciere de arriba no podrá entrar en el reino de los cielos»*.

Si buscamos ahondar en este retorno a la infancia, encontraremos varios elementos fundamentales para construir la auténtica felicidad humana.

La angustia actual del hombre ha dejado de ser una anormalidad para convertirse en algo normal. Ese estado ha sido causado por la ausencia de Dios. Nunca como hoy ha dejado

de ser Dios el centro de su vida; y esto de una forma consciente. Otros centros han absorbido el interés y la atención de los hombres. Pero esos no son los centros *naturales*, queridos por Dios; de ahí que se den esos resultados opuestos a la verdadera felicidad humana; una especie de dislocamiento al hombre en lo más profundo de su ser.

El retorno a la infancia predicado por Jesús, es Ja solución profunda que llega a las raíces del mal que reside en el ser humano, devolviéndole la vida «normal». Para esto es necesario comprender en qué consiste ese nuevo nacimiento, que debe llevarse a efecto con toda la generosidad de la voluntad, alentada ésta por la gracia. Ninguna zona del alma humana puede desentenderse de esta labor regeneradora. Desde el momento que otra idea, u otro trabajo, sean equiparados a éste, ese renacimiento no se da. Y el hombre proseguirá en ese estado de angustia moral-espiritual.

Ese renacimiento es una especie de alumbramiento, realizado por la unión profunda de la gracia y la voluntad humana. Esta, en sí misma, no encuentra otra cosa que un caos de instintos y pasiones que combaten en la oscuridad. Si el hombre se encierra en sí mismo, creyéndose capaz de ordenar ese caos, se irá endureciendo progresivamente hasta hacerse un Dios. Para un observador superficial ese hombre puede haber llegado a un dominio aparente de las fuerzas ciegas que se agitan en él. Mas el observador que cada uno lleva dentro de sí mismo no puede dejar de sentir el desasosiego en que vive la otra parte de su «yo», que se ha creído autosuficiente para regenerarse.

La auténtica regeneración del hombre no puede venir mas que de parte de Dios, abriéndose a su gracia. Algo así como aconteció en la Redención: como ningún hombre podía redimir a los otros hombres, pues todos estaban sumergidos en el pecado, Dios en su gran amor, se hace hombre para

redimirlos a todos. Así también ninguna fuerza interior del hombre puede regenerar a éste, pues todas se encuentran contaminadas. La solución divina de la Encarnación y Redención se prolonga por medio de su gracia. Dios como que se «encarna» de nuevo para redimir a cada hombre de las fuerzas desordenadas que combaten en su interior. A esto falta un elemento decisivo para que se efectúe ese «renacer» del hombre: su aceptación. No se puede dar ese renacimiento espiritual, si no preceden dos cosas: el reconocimiento de la propia impotencia y el recurso humilde al poder de Dios. En la base del verdadero renacimiento está una humildad vivida y sentida. Ella nos llevará en secreto al Paraíso del Edén, ese estado de unión con Dios como vivían nuestros primeros padres antes de pecar. Allí sentiremos el gozo de un triple amor: el amor de haber sido creados, el amor de haber sido redimidos y el amor de haber podido cooperar a nuestra propia redención. No tendríamos más pretensiones: la humildad nos habrá dado aquellas disposiciones que exigía Jesús para entrar en su reino: *«St no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos»*. Después de adquirir esa estatura espiritual, no se puede olvidar un nuevo obstáculo: los que se decidan por esa regeneración recibirán los golpes del espíritu del mundo. La humildad de «niños fuertes», según Dios, será juzgada por aquél como una impotencia e incapacidad. Aquí damos un paso más: El «renacido» en el Espíritu de Dios debe afirmarse ante el mundo con un nuevo gesto de humildad: debe aceptar el fracaso antes que valerse de la mentira o de la fuerza. Esas no son las armas de Dios, aunque las hayan empleado algunos que se dicen hijos de Dios. Naturalmente, es duro aceptar este fracaso, pero a cuanto nosotros nos referimos no es a un orden natural, sino sobrenatural. Ese renacimiento exige una mirada de águila, que no tenga en cuenta los valores apreciados por el mundo: *«Esta es*

la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe». Si la humildad es la base de nuestro «renacimiento», la fe recalentada por la esperanza y la caridad, es la fuerza motriz que nos impulsa a actuar según la nueva vida en Dios.

Para que nada faltara, se nos ha dado un modelo de vida perfecta, Jesús. El es el modelo al cual deben conformarse todos los «renacidos» para entrar en el reino de Dios. Ahora bien, ¿qué hijo ese Hombre, para acoger en su seno al Hijo de Dios? Desaparecer. La persona humana de Jesús «desapareció» para que en él apareciese el Dios vivo. El «yo» humano que en Adán se reafirmó contra la voluntad de Dios, en Jesús desapareció hasta la no-existencia. Entonces Dios, el Hijo, vive en esa Humanidad de Jesús, santificándola hasta lo infinito. Así también, en tanto nuestro «yo» vaya desapareciendo, irá apareciendo el Hijo de Dios en nosotros, Cristo-Jesús. La misma palabra, «desaparecer», ¿no querrá significar aparición de Dios?

Todo esto lleva consigo una obra de desgaste, algo semejante a lo de la bella imagen que se esconde en un bloque de mármol o de piedra. Pero en esta obra de desgaste espiritual hay una diferencia: el Escultor está dentro de nosotros. La gracia obra en nosotros a modo de la savia, que hace crecer la planta dándole la forma que requiere su naturaleza. ¡Cuántas formas han tenido que desaparecer para que la planta adquiriera su forma definitiva y dé su fruto! Si la semilla no renuncia a su forma, «desapareciendo», la vida no «aparece». ¿Cuál es la forma definitiva de nuestra naturaleza humana? Lo tenemos expresamente indicado en el plan divino: «*Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra*» . Luego nuestra «forma» es una forma de ser divina. Jesús es no sólo modelo, sino encarnación de esa forma divina, que le hace ser el «primogénito de muchos hermanos». Jesús está ahí, no como un cuadro que debe ser admirado simplemente, sino como un

empeño a identificarnos con El. Pues, si El es el Primogénito, quiere decir que deben existir otros que participen en alguna manera de su misma forma y de su misma naturaleza.

Muy pocos se deciden a desaparecer para que en ellos aparezca la vida de Dios. Falta esa oblación al Padre, como la hizo Jesús, para acoger en MI seno al Hijo de Dios. Queremos ser nosotros ante todo; Dios tiene acaso el segundo lugar. Hay que tener presente esta verdad fundamental: Hasta que no hayamos inmolado esa «prioridad personal» en todas sus formas, la epifanía de Dios no se realizará en nosotros. Un reconocimiento a fondo debe conmover todos los «centros», en torno a los cuales ha girado la antigua vida, para «centrarse» en Aquél que es, fue y será el centro de la creación entera: el Dios humanado.

A través de estas páginas meditaremos, con la ayuda de la gracia, aquellos elementos de ese mundo que Dios viene proyectando sobre nosotros, y aquellos obstáculos que El ha encontrado para realizarlo.

Capítulo 1

EL ÁNGEL CAÍDO

Para conocer la causa de la existencia del mal en este mundo, hay que salir fuera de él si se quiere encontrar una explicación adecuada. En el mundo, tal como lo quería y dispuso Dios, no existiría el mal. El escritor sagrado insiste en la complacencia de Dios en lo creado: «*Y Vio Dios ser muy bueno cuanto había hecho*». Y tenía que ser así, pues toda la creación había sido destinada para el Dios humanado.

Decimos que la causa del mal hay que buscarla fuera del mundo «creado» y querido por Dios. Antes de hacerse «sensible» ese mundo «creado» por Dios, El había creado unos espíritus llamados ángeles. Hubo uno, el más lleno de luz – Lucifer – que conociendo los designios de Dios, deseó para sí la creación que había sido destinada para el Dios humanado; a él se unieron otros ángeles. Dios les había creado libres. El mantiene, no destruye esa libertad angélica, aunque con ella se elija una cosa desproporcionada a su naturaleza creada, como es que toda la creación fuera, para una simple criatura. En base de esta inviolabilidad de la libertad creada, siendo Dios fiel en sus obras, El no se retracta. En su justicia perfectísima Dios acepta aquel deseo que procede de su criatura libre: el ángel desea para sí la creación que ha sido destinada para Otro. Sólo le pone una condición, que el ser libre, el hombre que habitará en el mundo, le acepte.

El símbolo bíblico de un árbol prohibido no tiene otra finalidad que hacernos comprender esta idea fundamental: aquel árbol es el símbolo de la presencia del ángel que desea

para sí la creación. El hombre ha sido advertido: «*El día que comáis del árbol, ciertamente moriréis*». Pero Dios no descubre al hombre que allí se esconden las pretensiones de un usurpador, que desea apoderarse de la creación. Dios encubre esto al hombre por justicia para con el ángel caído, pues de lo contrario aquel nunca aceptaría a éste, La prueba del hombre está en la obediencia a Dios, que es el Bien. El alma del hombre estaba inundada de este Bien infinito que debería difundir a toda la creación, en cuyo seno venía obrando como un fermento, por permisión divina, el espíritu del mal.

El hombre obedeciendo a Dios redimiría la creación, sujeta a la vanidad, por la rebeldía del ángel, espíritu del mal. Pero el hombre desobedeció, quedando preso en la misma «vanidad» de la creación entera. Y en lugar de redimir tuvo la necesidad de ser redimido.

Mas la justicia perfectísima de Dios da un paso nuevo en esta situación nueva provocada por unas criaturas libres: el demonio y el hombre. El pecado de aquél es irreparable, porque ha brotado de «adentro» en la plenitud de luz. El pecado del hombre sí es reparable, porque ha sido una aceptación a una sugerencia que le ha venido de «afuera», sin conocimiento cid mal. Dios, no sólo por misericordia, sino también por justicia, anuncia al hombre una promesa de redención de la esclavitud en que ha caído: «*Pongo, dice Dios, perpetua enemistad entre ti – refiriéndose al enemigo, el ángel caído – y la mujer, entre tu linaje y el suyo, éste te aplastará la cabeza...*».

Hasta que no se cumpla esta profecía, la cual depende de la libertad humana, el enemigo del Dios humanado y de la raza humana realizará una acción devastadora. El enemigo tiene ahora derecho a introducir su espíritu cuando los hombres son engendrados a la vida natural; es una consecuencia del pecado

original cometido por el primer hombre. El trabajo de estos consistirá en expulsar ese espíritu con la fe en el Mesías prometido, y obrando con una gran rectitud. Ambas cosas dependen de la orientación que tome la libertad del alma humana. Lo vemos en seguida en los dos primeros hijos del hombre (Adán), Caín y Abel. Ambos han venido con las consecuencias del pecado original. Sin embargo, Dios se agrada de los sacrificios del menor, Abel, pero no de los de Caín. Dios, que es la perfecta justicia, ha visto una distinción en la ofrenda de ambos, debido a la diversa pureza del corazón. Esto hace andar a Caín cabizbajo: «*¿No es verdad que si obraras el bien andarías erguido, mientras que si no obras bien estará el pecado a la, puerta?*» . Si se tiene presente que Caín también hace ofrenda a Dios, hay que suponer en ésa algo no recto, y que siendo consciente de ello le hacía andar cabizbajo. Es decir, Caín con su libertad se había decidido por una aceptación *«personal»* a una inspiración del espíritu del mal, carente de pureza y rectitud. A medida que esa aceptación era más profunda, ese espíritu del mal iba apoderándose de sus facultades, hasta llegar un día a concebir la muerte de su hermano Abel. Esta idea fue inspirada por el mismo' demonio. Nos lo dice textualmente San Juan en su primera epístola, al recomendarnos la caridad fraterna, reprochando la conducta de Caín: «*No como Caín que, inspirado del maligno, mató a su hermano*». Esta inspiración diabólica es más profunda de lo que a simple vista parece; el ángel caído había deseado para sí la creación destinada para el Dios humanado. Esto dependía de la libertad del hombre; es cierto que el primer hombre, Adán, aceptó la acción del espíritu del mal al desobedecer a Dios. Mas su aceptación no fue total, ni plenamente consciente. No conocía el mal en el primer pecado. Después de éste quedó con una libertad, que si es verdad que fue debilitada, podía rehacerse con la gracia

del futuro Mesías, esperándole con fe y una vida recta. Abel obra así, por eso su ofrenda agrada a Dios. A medida que el espíritu del mal se va apoderando de las facultades de Caín, porque éste acepta su acción, va inspirando un profundo odio contra su hermano. ¿Cuál es la razón exacta de ese odio? En un lenguaje corriente se diría que la conducta de Abel es un reproche para Caín. Y es cierto. Pero si vamos más a fondo, teniendo presente el plan divino hay que dar otra razón: teniendo presente también que la inspiración de Caín de matar a su hermano viene del demonio, en éste hay que encontrar una razón más profunda; al hombre caído se le ha prometido un Redentor, que llegará cuando la libertad del hombre lo acepte plenamente. Abel lo comienza a aceptar con una conducta agradable a Dios. El «enemigo» «ve» aquí el germen del Fruto, por eso lo ahoga en sangre; para ello se vale de una libertad humana que se ha inclinado a su acción.

Hay que tener presente que el demonio directamente sólo puede inspirar o insinuar hacia el mal a cada uno de los hombres; pero para su obra destructora o corruptora de la humanidad se sirve de los hombres que han aceptado y aceptan sus inspiraciones. Estos hombres son los que forman lo que se ha venido a llamar «espíritu del mundo», colaboradores fieles e inconscientes de su propio enemigo, el espíritu del mal. Se nota desde el principio de la humanidad, en este «espíritu del mundo», un deseo prepotente de dominar, de descubrir y adueñarse de la creación con olvido total de Dios. Es como un eco, o mejor como una realización del deseo del ángel caído, de querer para sí la creación destinada para el Dios humanado. En realidad el demonio no podría realizarlo sino por medio de esos hombres que componen el espíritu del mundo. Estos han preparado y preparan la encarnación del mismo demonio, inspirador de todas sus obras, obras que Dios *permite* en su justicia perfectísima por la libre elección

de sus criaturas. Los descendientes de Caían forman el primer núcleo de ese «espíritu del mundo»: Ellos son los inventores de instrumentos músicos, instrumentos cortantes, etc., y más tarde ese mismo espíritu será quien construirá la famosa Torre de Babel.

Este «espíritu del mundo» es la oposición al primitivo plan del Creador: el hombre ha perdido aquella simplicidad que le facilitaba el contacto con su Padre y Señor. Este es justísimo, por eso su modo de obrar es diverso a la forma de obrar del demonio. Caín en una justicia humana merecería la muerte, pero Dios conoce que es instrumento ciego del espíritu del mal y le pone una señal para que nadie le mate, a pesar de haberse inclinado hacia la acción del espíritu del mal. Dios le sigue protegiendo hasta que su justicia se lo permita. Vuelve Dios a dar un nuevo hijo a la primera pareja humana, Set. Hay todo un gozo profundo en la expresión de Adán: «*Hame dado Yahvé otro descendiente por Abel, a quién mató Caín*».

Somos frecuentemente muy ligeros en juzgar al primer hombre. Olvidamos con un gran desinterés todos sus anhelos por el Mesías prometido. Si él oyó la grave sentencia que iba a pesar sobre toda su descendencia, también escuchó la promesa de un Salvador. El, que fue causante personal del pecado original, debió sentir un vivísimo deseo de aportar lo más posible para que el Salvador llegara. Somos demasiado superficiales para imaginarnos el dolor del corazón de Adán, cuando encontró muerto a Abel, el hijo fiel a Dios, del cual vendría el Salvador *prometido*. Por eso mismo tampoco podemos imaginarnos el nuevo gozo que le produjo el nacimiento de Set. Fácilmente hablamos del pecado del primer hombre, pero olvidamos que un arrepentimiento inconcebible para nosotros contribuyó a que el Salvador prometido llegara en la plenitud de los tiempos.

Con la descendencia de Set, que forman los llamados «hijos

de Dios», se llega a través de múltiples generaciones a otro hombre: fundamental: Noé.

Los «hijos de Dios» comienzan a mezclarse con los «hijos de los hombres». El demonio utiliza ahora otra arma para alejar a los hombres de Dios: la carne. El desorden de la concupiscencia es movido por el espíritu del mal a través de la fantasía. La corrupción fue tan grande, que su castigo ha sido único en la historia de la humanidad, el diluvio. Dios encuentra un hombre justo, Noé; lo salva con su familia y establece con él una alianza. Noé, en un cierto sentido, representa de nuevo la humanidad, de una forma semejante a Adán. El mismo mandato que a éste: «*Procread y multiplicad y llenad la tierra...*». También le pone una condición: «*Solamente os abstendréis de comer carne con sangre*». Esta prohibición, como la hecha a Adán, tiene una razón de ser; recordar al hombre su dependencia de Dios.

Un hijo de Noé, Cana, no obra con rectitud, el demonio aprovecha ese bajo fondo del hombre caído, y Cam consiente en una acción que le merece la maldición de su padre para su descendencia: «*Maldito Cañan...*». En esa tierra el demonio tendrá libremente su asiento; es la región que Dios destinará después para su Pueblo Elegido, errante por el desierto, pero que antes la poseerán unos pueblos idólatras, donde el mismo demonio se hará adorar. Así esta idolatría se convertirá en un lazo para el Pueblo Elegido. El sacrificio de seres humanos era la venganza que el demonio se tomaba de la humanidad en el culto por él inspirado; como que con esas aberraciones pretendía humillar a aquella raza en la cual Dios se iba a encarnar. Se puede decir sin temor a exagerar, que el demonio, valiéndose de la ignorancia del hombre, ha sido y es el verdadero inspirador de todos aquellos cultos religiosos que apartan al hombre de su Principio y de su Fin.

En ese mundo denominado por la mentira del espíritu del

mal, no podía Dios realizar su promesa hecha al primer hombre. Dios es fiel y justo; por eso, para dar cumplimiento a su promesa se manifiesta a un hombre. Él ha seguido con atenta y escrutadora mirada los pasos de aquella descendencia fiel y justa. De un descendiente de Sem, hijo de Noé, Dios escoge a Abraham, del cual sacará un pueblo amado, que debe ser santo.

Así se lo dice a Moisés para que él lo repitiera al pueblo: «*Sed santos para mí, porque yo, Yahvé, soy santo, y os he separado de las gentes para que seáis míos*»⁴.

Hasta la venida del Hijo de Dios a este mundo, el demonio había tenido un verdadero dominio sobre éste. El Pueblo Elegido viene a ser como el subsuelo, en el que debería nacer el Libertador anunciado. Los llamados a cuidar de esa parcela amada, los profetas, comprueban que sus esfuerzos se estrellan contra un ser invisible que arrastra al Pueblo Elegido hacia las más abominables idolatrías. Se puede decir que ni los mismos profetas llegan a identificar a ese ser invisible. Y sin embargo, la influencia diabólica es tan real como la protección divina. Mientras que ésta es evidente – recuérdese los prodigios bíblicos – , aquella es tan oculta que apenas si se menciona al «enemigo» sólo en casos muy aislados.

Hay otro momento decisivo para la humanidad, y directamente para el pueblo que Dios piensa elegir; en ese momento decisivo el «enemigo» intenta hacer fracasar el plan divino. Esto sucede cuando Dios escoge a un hombre, del cual ha de salir el Pueblo Elegido, y de éste el Mesías. Si en el comienzo de la humanidad el demonio se presentó al primer hombre contra el precepto de Dios, aquí, en el principio del Pueblo Elegido, se hace pasar por el mismo Dios: «*Tentó Dios a Abraham*». Se verá por este hecho como Dios en su justicia perfectísima permite aún esto, que, en definitiva redundará en bien del alma recta y fiel. El apóstol Santiago dice textual-

mente que: «*Dios no tienta a nadie*»^M. Además esta tentación *n* Abraham por parte de Dios, sería caso único en la historia. La alianza con Abraham, la renovación de la misma por medio de la circuncisión, hace innecesaria una prueba semejante a Jas que exigían las religiones paganas, inspirados por el demonio. ¿No era éste el que hacía creer en los pueblos que rodeaban a Israel, en la necesidad de sacrificar seres humanos? Por otra parte, es indecoroso para la justicia perfectísima de Dios, el someter a una prueba que va contra la naturaleza creada por El, como es el que un ser racional sacrifique a su propio hijo. Si Dios reprocha a Caín por la muerte de su hermano, ¿cómo puede ser el inspirador de una prueba semejante para Abraham? Es el demonio que de nuevo intenta frustrar el plan divino, como lo hizo con Adán. En éste había más luz y sabía que la proposición que le fue hecha implicaba la desobediencia a Dios. En Abraham había una gran fe, y esta por naturaleza es oscura. El demonio se vale de esa oscuridad, y se hace pasar ante Abraham por el mismo Dios. En el momento decisivo Dios interviene milagrosamente, y la prueba del demonio, permitida por Dios, por la rectitud de Abraham se convierte en fruto de bendición, siendo confirmado en la fe y en las promesas, que anteriormente El le había hecho. Así como hubiese confirmado en gracia a Adán, si él hubiese superado la tentación del mismo enemigo.

Hay un hecho en la historia de David que nos puede aclarar éste de Abraham. En el segundo libro de Samuel se lee textualmente: «*Volvió a encenderse el furor de Yahvé contra Israel impulsando a David a que hiciese el censo de Israel y de Judá*». Y dijo David después de haber hecho el censo: «*He pecado gravemente al hacer ésto*» Hay otro texto paralelo, que nos revela al verdadero inspirador de esta acción de David, desagradable a Dios. En el libro de los Paralipómenos se lee: «*Alzose Satán contra Israel e incitó a David a hacer*

el censo de Israel».

En la historia de Job el demonio aparece manifiesto. Pero Job desconoce que todos aquellos males que le sobrevienen, han sido provocados por la maldad de éste. Así se expresa Job: «¿No recibimos de Dios los bienes? ¿Por qué no vamos a recibir los males?». Al lector no se le oculta que esta expresión de Job plantea un problema difícil de resolver, si es verdad lo que afirma: De Dios recibimos los bienes y los males. Dios castiga a los malos y premia a los buenos en esta vida, según el pensamiento antiguo. Entonces, ¿cómo él, Job, que es justo, está quebrantado con tantos males? Job ignora que existe un ser, el demonio, que ha pedido a Dios el permiso para probarle. Dios en su justicia, por haber creado al ángel libre, se lo permite; permisión que no hará más que acrecentar la justicia del hombre, si éste permanece fiel a Dios, en medio de la prueba que el espíritu del mal ha provocado.

La lección es diáfana para nosotros: tenemos un enemigo invisible, el demonio, del cual nos vienen todos los males, intentando con ello nuestra perdición, haciéndonos creer en la injusticia de Dios: los males vienen de Dios a pesar de que no hemos hecho nada para merecerlos, pues el verdadero autor no se deja reconocer. ¿Cómo se va a servir a un Señor que tan injustamente nos trata? Este es el momento decisivo en la tentación ordinaria, y si el hombre se olvida del «enemigo» escondido, corre el peligro de caer en la blasfemia contra Dios, que en su justicia ha permitido algo que ha querido una criatura libre, el ángel caído, espíritu del mal.

Esta ha sido la lucha constante del demonio para llevar a término la usurpación de la creación entera, procurando obstaculizar la entrada en el mundo del Dios humanado.

Capítulo II

EL ÁNGEL CAÍDO, CONTRA JESÚS

En una expresión exacta, el Redentor prometido no vino a este mundo cuando quiso, sino cuando un miembro de la humanidad se *abrazó* plenamente al plan divino salvador: Este ser humano fue María. La justicia perfectísima de Dios debía contar con una criatura libre para introducirse el Redentor en este mundo, así como el ángel caído se introdujo por la aceptación de una criatura libre. María aceptó plenamente la voluntad divina: *«He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra»*. El Hijo de Dios se hizo hombre. El «enemigo» presiente esto, y utiliza un instrumento humano que se ha entregado a él, aceptando sus inspiraciones, Heredes. Este es inconsciente de su instrumentalidad diabólica. Herodes no ve más que su reino amenazado por un misterioso rey anunciado, y nacido entonces. El demonio maneja sus pasiones desordenadas para un plan mucho más basto de lo que piensa el mismo Herodes: Destruir al Redentor de la humanidad, antes de que Este le descubra en su predicación, sus milagros y hasta la misma expulsión de los demonios. Heredes es dominado y regido por el espíritu del mal, y manda a matar a todos los niños de Belén, menores de dos años; ciertamente, pensaba él, ahí caería el misterioso rey.

Sabemos que hay hechos históricos que son un símbolo de algo que se realizará más tarde: pensemos en la muerte del cordero pascual, figura de la muerte del Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. La actitud de Herodes frente al Hijo de Dios, nacido de María, nos recuerda lo que San Juan, en el Apocalipsis, vio que sucedería al fin de los tiempos;

aquello, ¿no sería la figura de lo que habría de suceder después?: «*Se paró el dragón delante de la mujer que estaba a punto de parir, para tragarse a su hijo cuando pariese. Parió un varón que ha de apacentar a todas las naciones con vara de hierro, pero el Hijo fue arrebatado a Dios y a su trono. La mujer huyó al desierto...*»³. Pensemos en la huida a Egipto. Herodes, dominado por el espíritu del mal, puede ser figura del dragón.

Antes de comenzar la vida pública, Jesús se somete a un prolongado ayuno. Al final del mismo se presenta el demonio para desviar a Jesús del verdadero camino de la Voluntad del Padre. En la primera tentación el demonio aprovecha una necesidad natural, el hambre, a fin de que Jesús utilice su poder divino en provecho propio. Hay que advertir que Jesús nunca hizo milagros por un interés personal; su norma fue la gloria del Padre: «*No busco mi gloria, sino la gloria de Aquel que me envió*». Jesús llama la atención del tentador a realidades que jamás se consumen, ni se agotan: «*No sólo de pan vive el hombre, sirio de toda palabra que sale de la boca de Dios*».

La tentación del demonio suele comenzar por cosas que parecen exigencias naturales – en este caso el hambre –, sigue con la soberbia y termina con el desprecio de Dios.

El tentador vuelve a sondear el alma de Jesús, para comprobar si existe en El «algo» de lo suyo, con lo cual pueda apartarle de la misión redentora que el Padre le ha confiado'. «*Le llevó al pináculo del templo y le dijo: Si eres el Hijo de Dios, échate de aquí abajo*», y añade una razón tomada de las Sagradas Escrituras: «*pues escrito está: a sus ángeles encargará que te tomen en sus manos para que no tropiece tu pie contra una piedra*». Si antes se había servido de una necesidad biológica, el hambre, ahora se sirve de la palabra de Dios, el pan espiritual. El enemigo suele emplear ésta contra

las almas piadosas. Jesús le responde de nuevo con otro texto de las Sagradas Escrituras: *«También está escrito: 'No tentarás al Señor tu Dios'»*.

La tercera tentación es la más insolente e implica sus deseos, en parte realizados, de apoderarse de la creación destinada para el Dios humanado: *«De nuevo le llevó el diablo a un monte muy alto, y mostrándole todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, le dijo: "Todo esto te daré si de hinojos me adorares"»*. No se olvide que eso fue lo que el ángel caído vio en la mente de Dios para el humanado. A través de los siglos él se ha ido apoderando del mundo, a medida que el hombre ha aceptado la maldad de su espíritu. Esos reinos del mundo le pertenecen, y ahora se los ofrece al verdadero Propietario con una condición: *«Todo esto te daré, si de hinojos me adorares»*. El demonio expresa aquí su pensamiento y deseos primeros, cuando ambicionó para sí la creación, toda ella escabel del Dios humanado. Jesús se deshace del tentador de una forma terminante: *«Apártate, Satanás, porque escrito está: «Al Señor tu Dios adorarás y a El sólo darás culto»*. Entonces el diablo le dejó, y llegaron los ángeles y le servían».

Una breve observación práctica: El espíritu del mal no deja al hombre, hasta que éste no rechace su persona; no es suficiente con rechazar sus insinuaciones. Jesús rechazó estas, pero solamente le dejó el tentador cuando rechazó su persona: *«Apártate, Satanás»*. No se debe olvidar que él se puede insinuar en nosotros, valiéndose de sentimientos o ideas, al parecer humanitarias, y esto a veces, hasta inmediatamente después de una gracia divina verdadera. Recuérdese el caso de San Pedro; después de recibir la luz del Padre para confesar la filiación divina de su Maestro, quiere disuadirle de que suba a padecer a Jerusalén. Jesús como que volvió a sentir el hálito del demonio en su apóstol, quiere conseguir lo que no

pudo en las tentaciones del desierto.

Toda la vida de Jesús fue una lucha mantenida contra este espíritu del mal, que se escondía en el orgullo de los hombres: «*Vosotros – les dijo en cierta ocasión – sois hijos del diablo*» y «*Vosotros tenéis por padre al diablo, y queréis hacer los deseos de vuestro padre*».

Toda la sutileza de la razón humana era manejada desde adentro por el demonio; Jesús lucha, más que con los hombres, con este enemigo que vive en ellos, ya sea por medio de una posesión diabólica, ya sea por haber aceptado en alguna medida su espíritu. Jesús le expulsa de aquellos de los cuales se ha posesionado; y los otros, que participan de ese espíritu del mal, hacen este comentario absurdo: «*Este expulsa a los demonios por arte de Beelcebú, príncipe de los demonios*». Jesús les hace esta reflexión de sentido común: «*Todo reino dividido contra sí mismo será devastado..., si Satanás se halla dividido contra sí mismo, ¿cómo se mantendrá su reino?, puesto que decís que por virtud de Beelcebú expulso yo a los demonios... Pero si expulso a los demonios por el dedo de Dios, sin duda que el reino de Dios ha llegado a vosotros*».

Esta última afirmación es de suma importancia: El reino de Dios ha llegado cuando se expulsa al usurpador. Este se había apoderado totalmente de algunos hombres. El reino de Dios consiste en retornar al primitivo plan divino, que Jesús lo instaure con la expulsión del demonio. A cada uno corresponde dejar que Jesús continúe su obra redentora en su propia alma expulsando de ella el espíritu del mal; nuestra colaboración consiste en darle nuestra libertad en cada acto para que El cumpla en cada uno la Voluntad del Padre. Entonces el reino de Dios estará efectivamente cerca.

Mas como si fuera poco el decir que Jesús expulsa a los demonios por arte de Beelcebú, el mismo demonio hace decir,

en otra oportunidad, que Jesús está «endemoniado». El insulto procede del mismo infierno. Como la verdad no puede ser arrastrada hacia la mentira, ésta pretende manchar a Aquélla diciendo que en la verdad mora el demonio.

También aquí se puede hacer una reflexión práctica: El demonio puede hacer que veamos la verdad como cosa diabólica, para que así la rechacemos. Los medios que utilizará él son innumerables, como innumerable es el error. De esta terrible red que constantemente nos tiende el enemigo no podremos librarnos sin una profunda humildad, y un sincero abandono en el Amor y en la Voluntad de Dios. La «pequeñez» recomendada por Jesús será la única que nos facilitará el salir de las mallas de esa red diabólica, que procede del padre de la mentira.

Jesús llama a su Pasión *«la hora del poder de las tinieblas»*. Varias veces sus enemigos habían intentado matarle, pero no había llegado «la hora». Esta «hora» no es marcada ni por Jesús, ni por el Padre, ni por el mismo demonio. Esta «hora» debe ser marcada por la libertad de un hombre, que se decida totalmente por el espíritu del mal. Si la «hora» de la Encarnación del Hijo de Dios fue marcada por la voluntad libre de una criatura humana, María; la «hora» de la Pasión y Muerte del mismo fue señalada por otra criatura humana libre, Judas. Este instrumento fiel del demonio es el que inaugura la dolorosa Pasión de Jesús, y *«el poder de las tinieblas»*: *«Después del bocado, en el mismo instante, entró en él Satanás»*.

En este drama divino-humano se debe tener presente que los hombres son instrumentos ciegos del demonio, pero de una ceguera a la que han ido a parar con una responsabilidad no ignorada por ellos, de la cual sólo Dios conoce todo su alcance: *«Diales Dios un espíritu de aturdimiento, ojos para no ver y oídos para no oír, hasta el día de hoy»*. Si en la vida

pública de Jesús, el demonio se valía de la razón humana para entorpecer su camino luminoso, en su Pasión se vale del más bajo fondo del hombre: la ironía hiriente y el sarcasmo. La corona de espinas, el manto de púrpura, la caña colocada en sus manos divinas, fue la burla del mismo demonio para reírse de Aquel que se había proclamado Rey, y que en el desierto había despreciado los reinos de este mundo por él ofrecido. Como en el desierto, también en el Calvario intenta de una forma burlona detener a Jesús para que no consumara el sacrificio total: «*Si eres el Hijo de Dios, desciende de la Cruz...*». En el desierto no convirtió las piedras en pan, y no se arrojó del pináculo del templo. Allí le venció con su Sabiduría, aquí le vence con su muerte, porque este es el camino inevitable para su mayor victoria, la resurrección. ¿Y no será precisamente ésta la actitud que debe tomar la Iglesia de Cristo ante sus enemigos? ¿No es Cristo el modelo? Aun la misma muerte ignominiosa comienza a arrebatar terreno al demonio; uno de los ladrones, antigua posesión suya, suplica al Crucificado entrar en su Reino, ridiculizado por Satanás: «*Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino*». El «enemigo» le había desafiado a descender de la cruz para dar una prueba de su divinidad. «*Si eres el Hijo de Dios*». Su muerte, al parecer como la de un impotente, convierte al centurión romano y confiesa aquello mismo de lo cual el demonio se había burlado: «*Verdaderamente éste era el Hijo de Dios*». En la misma muerte de Jesús, que parece una derrota, comienza su victoria. Esta es la victoria-modelo para todos aquellos que deseen ser verdaderos hijos de Dios.

Si deseáramos una prueba de lo irreparable del pecado del ángel caído, la encontraríamos en la Resurrección de Jesús. No son los hombres propiamente, es el demonio, el que ante la evidencia de la Resurrección no se da por vencido. Es que su pecado fue cometido en la luz de la evidencia total; por eso

jamás se doblegará con el arrepentimiento; su pecado permanece para siempre. Ante la evidencia de la Resurrección utiliza el dinero como arma de la mentira, donde está ésta allí se esconde el padre de la mentira: *«Tomaron bastante dinero y se lo dieron a los soldados, diciéndoles: Decid que viniendo los discípulos de noche lo robaron mientras nosotros dormíamos»*. La victoria personal de Jesús se vio confirmando en el día de Pentecostés con la venida del Espíritu Santo. También aquí hay hechos evidentes: un viento impetuoso, lenguas de fuego, y sobre todo unos hombres rudos y tímidos, que hablando en su propia lengua son entendidos por *«partos, meaos, elamitas, los que habitan Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto y Asia, Frigia y Panfilia...»*, etc. Un hecho tan colosalmente divino, el demonio, valiéndose de los hombres, lo interpreta con su forma característica: *«Están cargados de mosto»*, los hombres llenos del Espíritu Santo.

Quizá parezca extraño esta atribución al demonio de acontecimientos en los cuales los hombres aparecen como únicos autores. En realidad, nos hemos acostumbrado a esa forma de pensar, olvidando demasiado al enemigo de nuestra salvación. El hombre caído ordinariamente no se cierra ante la evidencia; contra ésta solamente se cierra el demonio y aquellos que han aceptado su espíritu totalmente. Los enemigos de Jesús han oído el relato de los despavoridos soldados romanos. Pero en aquella aparente imperturbabilidad de los que escuchan está el espíritu del mal, que sabe lo que debe hacer para que unos soldados guarden silencio de la verdad. Es el demonio el que ofrece ese dinero, como fue en Judas el mismo que contrató la venta de Jesús por treinta monedas. Más tarde tendremos ya ocasión de tratar este tema.

III

ÁNGEL CAÍDO, CONTRA LA IGLESIA

«*Pondré enemistad entre tí y la mujer, entre tu linaje y el suyo*». Jesús es el Primogénito entre muchos hermanos. Con El comienza el triunfo del linaje de la mujer contra su «enemigo». Este no ha podido contra Jesús, que fiel en sus promesas ha enviado lo prometido, el Espíritu Santo, el Abogado, espíritu de Amor, de Verdad y de Unidad, cuyas «primicias» ha recibido la Iglesia. Este Espíritu es tan fuerte que ha realizado un milagro, el cual Jesús no podía realizar en sus Apóstoles, aunque lo deseaba vivamente: Aquella unidad tan suplicada al Padre en la Última Cena: «*Yo en ellos*». En realidad, el Espíritu Santo ha realizado un milagro más profundo que el don de lenguas: Por medio de ese Espíritu existe ahora una unidad entre Jesús ya en el cielo, y sus Apóstoles, como la existente entre la cabeza y los miembros, o para decirlo con una expresión del mismo Jesús, como la que existe entre la vid y los sarmientos. Es la misma vida la que circula por la cabeza y los miembros; la misma savia la que corre de la vid a los sarmientos. Es el mismo Espíritu de Jesús el que habla por sus Apóstoles. Y cuando el demonio, valiéndose de la rectitud de Pablo, se lanza contra el resto del linaje de la mujer, Jesús desde el cielo se queja, como se quejaría la cabeza si se le lastimara un miembro; «*Saulo, Saulo, ¿por qué me persigas?*». El Espíritu Santo ha realizado ese milagro íntimo y secreto: la unión del linaje de mujer, que viene a ser el Cristo Místico de que habla San Pablo, Iglesia. La persecución de la Iglesia naciente, después de la Resurrección de Jesús podríamos denominarla como

«locura diabólica». El demonio al ver descender el Espíritu Santo perdió aquella fría serenidad que tenía cuando ofreció dinero a los soldados para que no hiciesen pública la Resurrección de su Enemigo. Ahora la situación empeoraba para su reino, de una forma que probablemente no se imaginaba. Por ello intenta aplastar a la Iglesia naciente, sirviéndose de la Sinagoga, como intentó matar a Jesús Niño, sirviéndose de Heredes. Comprende que su reino se desmorona, pues la semilla que Jesús dejó regada con su Sangre comienza a florecer y a dar fruto repentinamente. El «enemigo» al intentar arrancar aquella semilla que ha crecido se convierte, por la permisión del Padre, en verdadero podador. Así se cumplían las palabras de Jesús: *«Y todo el que dé fruto mi Padre le podará para que dé más fruto»*. De la sangre y oración del protomártir Esteban, nace el apóstol infatigable Pablo. La persecución del demonio contra «el linaje de la mujer», ya sea por medio de la Sinagoga, ya por medio del Imperio Romano, no produce más que este efecto: *«La sangre de mártires es semilla de cristianos»*. Las catacumbas lucran el suelo que escondió por varios siglos «el grano de trigo», que a fuerza de morir – *«Si el grano de trigo no muere»* – , terminó por estallar en un inmenso árbol *«donde vinieron las aves del cielo a cobijarse»*. La lectura de las actas de los mártires revelan todo lo satánico que había en ciertos martirios. El considerarlo simplemente como acontecimientos históricos, debidos a divergencias de pensamiento, es desconocer totalmente lo esencial del drama verdadero por el que tuvo que pasar la *«semilla del reino de Dios»*. Su conocimiento se debe a una gracia, que nos da una visión mucho más amplia y divina de la que se encierra en los libros de historia.

Hemos dicho que la *«semilla del reino de Dios»* ha crecido de tal forma, que se ha convertido en un árbol, donde según la expresión de Jesús: *«vendrían a cobijarse las aves del*

cielo». Hay que hacer notar que también otras «aves» han causado un gran daño al «árbol», pues han sido atraídas por el esplendor externo de este y su propia comodidad. Esto comienza a suceder cuando Constantino el Grande pone fin al estado de agonía en que vivía el primitivo Cristianismo. El reino de Cristo comienza a tener contacto con los reinos de este mundo. El demonio utiliza una táctica nueva; de furioso se vuelve político-piadoso. Si antes se servía de las pasiones desordenadas de los reyes y emperadores, ahora utilizará la piedad de los convertidos; y comienza así la veneración y el aprecio a los hombres que componen el «reino de Cristo». Cesa la atención y la idea de que el reino de Dios no es de este mundo. Cuando se les da carta de ciudadanía, como a otro hombre cualquiera, se comienza a pensar que se puede vivir muy bien en este mundo, y al mismo tiempo pertenecer al reino de Cristo. El «enemigo» ha lanzado el puente: Los seguidores de Jesús van a querer instalarse en este mundo, que es su reino. Con esta táctica conseguirá más, aunque ciertamente tarde más tiempo. No vamos a analizar todas las fases por las que ha pasado la historia de la «semilla del reino de Dios». Baste decir que el «enemigo», Satanás, se ha valido de todo para humillarla y alejarla del Espíritu de Jesús, que es Espíritu de Amor, de humildad y de sacrificio. Y todo esto ha habido a través de los siglos, aunque muchos, muchos hayan pasado el «puente» que el «enemigo» les ha tendido, pretendiendo hacer del reino de Cristo, un reino de este mundo, donde la fuerza, el derecho y el poder sustituyan al amor, la humildad y sacrificio queridos por Jesús.

Dios al «*permitir*» que se forme el «poder temporal» de la Iglesia, poder que no es de la esencia de la Iglesia, éste podía ser utilizado como un «medio» temporal o provisional para que la Iglesia pudiera cumplir su misión salvífica en circunstancias históricas difíciles a la penetración del Evangelio. En

la medida en que los hombres se van elevando moralmente el poder temporal de la Iglesia va siendo menos necesario; una mayoría de edad de la humanidad hace más innecesaria la acción y hay un amplio margen a las decisiones personales. Diríamos que así ha obrado Dios en el desarrollo progresivo de su contacto con los hombres en la Revelación; desde las Leyes del Sinaí hasta el Sermón de la Montaña hay una diferencia como desde la infancia a la edad madura. Indudablemente que hay una gran diferencia en unas circunstancias y otras; pero esa diferencia no depende de que Dios haya cambiado, sino que el que ha cambiado, el que ha evolucionado, es el hombre.

Algo semejante ha sucedido con el poder temporal de la Iglesia: a medida que los hombres se han educado en los conceptos de la libertad de la persona, menos razón de ser tiene ese poder temporal.

Quedando esto claro, en los planes de Dios, que se vale de medios tan «humanos» no podemos silenciar que muchos han podido utilizar ese «medio» para sus ambiciones personales, en lugar de servirse de él para comunicar la salvación. Baste leer el siglo X de la historia de la Iglesia para ver a qué grado de abyección cayó el poder temporal de los Papas, codiciado por distintas familias romanas.

¿Es que el poder temporal de los Papas era malo? Primeramente diremos que ese «poder temporal» de la Iglesia, como hemos dicho antes, fue «permisión» y no VOLUNTAD de Dios. En cuanto a si era malo o no para los Papas, depende del uso que éstos hayan dado a ese «poder temporal». Aparte de lo que hemos dicho, de ser un poder condicionado a unas circunstancias históricas, también procuraba a la Iglesia una gran independencia en su acción espiritual, ya que no dependía de ningún rey o emperador. La lucha de las Investiduras entre el Papa y el Emperador se encaminaba a las consecución

de esta independencia. Que algunos Papas hayan utilizado mal del «poder temporal», no nos debe extrañar; pues si el poder espiritual se puede utilizar mal, ¿cuánto más el temporal? Pensemos en la distribución de las indulgencias.

Una meditación profunda de la parábola del trigo y la cizaña nos llevaría a aquello esencial que necesitamos saber y no olvidar tan fácilmente: Que en el *mismo campo* en que Uno sembró trigo, el «enemigo» sembró cizaña, y que esto sucedió «*mientras la gente dormía*». Reflexionar en este sueño más o menos culpable, e encontrar la medida de la responsabilidad de cada uno. Pensemos en el respeto humano, en las conveniencias personales, en una falsa prudencia, etc. Todo ello nuestro «enemigo» lo ha aprovechado para seguir sembrando la cizaña.

«*Velad – nos dice San Pedro – que vuestro adversario, el diablo, como león rugiente, anda rondando y busca a quien devorar, al cual resistiréis firmes en la fe*». Por desgracia, después de tantos siglos de lucha del «enemigo» contra el género humano, falta precisamente la fe en la existencia e influencia nefasta. ¿Cómo vamos a resistirle si no creemos que existe? Prácticamente se vive sin tener en cuenta para nada a este Formidable enemigo. Su victoria pasada y presente está en pasar desapercibido, haciendo creer a los hombres «inteligentes» que es una estupidez y falta de cultura pensar en él, corno principio causante de los males que sufre la humanidad. De esta forma él tiene el camino más libre para su obra devastadora. Sólo los santos y las almas que se han decidido a ir hacia Dios, han conocido las asechanzas secretas que el demonio les ha tendido. Para el conocimiento de éste se necesita una vida espiritual seria; su conocimiento exacto requiere una madurez espiritual. San Pablo nos advirtió hace muchos siglos: «*Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis resistir a las insidias del diablo, que no es nuestra*

lucha contra la sangre y la carne, sino contra los principados, contra las potestades, contra las dominaciones de este mundo tenebroso, contra los espíritus malos de los aires».

Debemos reconocer que no sabemos armarnos «totalmente» – «*vestidos de TODA la armadura de Dios*» – usando dignamente el don divino de la libertad. Nuestra irresponsabilidad la aprovecha el «enemigo» para fomentar en nosotros una falsa libertad. Aquí está la raíz de un mal tan antiguo como el pecado. Frecuentemente las epístolas de los Apóstoles nos recomiendan la libertad de los hijos de Dios, Quizás antes de conocer en qué consisten las virtudes de los hijos de Dios, se necesitaría conocer, a fondo, en qué consiste la verdadera libertad humana, que es el don que más nos asemeja a Dios. El descuido de ese conocimiento es aprovechado por el «enemigo» para herirnos constantemente.

IV

LA LIBERTAD DEL HOMBRE

Puesto que la gracia de Dios está siempre a disposición del hombre para retornar a aquel estado perdido, hay que buscar la causa que nos detiene; y ésta es el mal uso de nuestra libertad.

¿Somos verdaderamente libres? ¿En qué sentido? Todo aquel que hace lo que quiere, ¿es verdaderamente libre? Hay que contestar que existe una falsa libertad, que encubre una esclavitud: la libertad externa de acción puede ocultar una esclavitud íntima; es el hombre voluntarioso que tiene poder y facultad para obrar a su capricho. Ese es un esclavo del espíritu del mal que reside en él. Porque no se debe olvidar que no sólo existe la esclavitud a otros hombres, sino la esclavitud a sí mismo, que, en definitiva, no es otra cosa que la esclavitud al espíritu del mal. Pues el verdadero «yo» del alma tiende siempre a Dios solo, ya que fue creada a su «imagen y semejanza» y por lo mismo debe identificarse con El. Cualquier otra meta, fuera de esta unión con Dios, que el hombre se proponga alcanzar, se debe a un mal uso de la libertad, originando en él la esclavitud mencionada.

He aquí una esclavitud ignorada por la inmensa mayoría de los hombres, que se creen libres. Existe un motivo que engendra esa confusión: En lo íntimo de la voluntad reside la autodeterminación, pero cuando ésta acepta las insinuaciones del espíritu del mal, quebrantando la verdad y la justicia, esa autodeterminación encubre una esclavitud, apego a sí mismo.

El pecado desplazó a Dios del centro de la vida del hombre, y colocó a éste como punto céntrico de sus pensamientos y

decisiones. Este cambio de «centro» fue la obra primordial del enemigo, para poder él manejar al hombre más fácilmente. La sujeción a Dios se la hizo ver como esclavitud, a fin de poder esclavizarle él, valiéndose de sus pasiones desordenadas; desorden debido al cambio de «centro». Esta es la esclavitud del pecado de origen; los pecados personales pueden aumentar esa esclavitud.

Es verdad que el bautismo nos perdona el pecado original, pero ahí se nos da el germen de una vida verdaderamente libre, que debe cada alma ir desarrollando, colocando a Dios, de nuevo en el centro de su vida. Cuanto más se aleje de los pecados personales y viva de la gracia del bautismo, tanto más libre se tornará. El hombre, a pesar del bautismo, tiende a la esclavitud, y tiende a ella invocando nada menos que la misma libertad. ¿No podríamos encontrar la raíz de donde dimana esa tendencia fatal?

Desde que el hombre pecó, se alejó de Dios, su principio y su fin. Ya no le siente como el protector de su vida. Esa inseguridad y lejanía, con respecto a Dios, el «enemigo» las ha aprovechado para esclavizar al hombre en este mundo, donde él reina, haciéndole ver como fin lo que debería ser un medio para su retorno a Dios. Así el hombre pone todo su empeño en conseguir una seguridad en este mundo, y lo que piensa, ama y proyecta, no es más que buscando la protección de sí mismo y de sus intereses personales. Esta esclavitud intramundana da una cierta seguridad; seguridad dolorosa, pero que el hombre prefiere a la inseguridad por la que debe atravesar para conseguir la seguridad verdadera en Dios, auténtica libertad.

Recordemos textualmente las palabras del pueblo hebreo a Moisés: *«¿No te decíamos nosotros en Egipto: Deja que sirvamos a los egipcios, que mejor es servir en Egipto que morir en el desierto?»*. Analicemos estas palabras y la

situación de este pueblo, para comprender eso hondo que reside en el alma humana, que tiende a la esclavitud y que parece unido al instinto de conservación. El pueblo hebreo estuvo en Egipto cuatrocientos treinta años. Apenas muerto *el* Faraón que conocía a José, son sometidos a dura esclavitud; «*dura y amarga*» esclavitud, pero de todas formas les proporcionaba una seguridad. Dios les quiere libres de aquella esclavitud, mas al primer peligro, – están entre el mar Rojo y el ejército del Faraón – prefieren la servidumbre de Egipto. Se olvidan de los prodigios que Dios ha obrado por medio de Moisés. Las diez plagas prodigiosas ya no significan nada. El instinto de conservación anhela entonces la esclavitud de Egipto; esclavitud que no los libraba tampoco de la muerte, y prefieren morir esclavos en Egipto, que correr el riesgo de la libertad.

No podemos negar a la luz de este hecho histórico, que en el alma humana reside un espíritu de esclavitud; se prefiere a la auténtica libertad, porque ésta parece poner en peligro la vida misma. Es que la libertad verdadera tiene que pasar antes por la muerte; debe morir todo aquello que es un lazo, que nos asegura en este mundo, es cierto, pero que también nos esclaviza. A esto se resiste el hombre como se resiste a la muerte. Morir a esa esclavitud es doloroso, en un principio, pues nos quita la seguridad que nos daba. Esa seguridad proporcionada por la esclavitud, puede ser de índole espiritual o material. Aquellos que tengan la esclavitud material, es que anteriormente ya se han decidido por la esclavitud espiritual; su conciencia descansa cómodamente en otros. Es más fácil no pensar por cabeza propia ya que esto es expuesto; lo más seguro es lo que comúnmente se dice o se cree. ¿Pero se han detenido a pensar si eso que comúnmente se dice es verdad, porque es verdad, o porque lo dicen los demás? O ¿han reflexionado si aquello, aun siendo verdad, lo quiere Dios en

el caso particular? Esa falta de reflexión revela esclavitud amada, la cual los hombres, mientras les vaya bien, no piensan abandonar. Ella les pro-teje en la sociedad, ¿para qué necesitan ser libres?

Por tanto, no es posible la auténtica libertad de la criatura, si la realidad divina no emerge fuertemente en el centro de su vida. Solamente la presencia de Dios, en la existencia del hombre puede ayudar a éste a abandonar la esclavitud en que vive. Porque si Dios no se introduce en la vida humana, ¿quién más que nuestro «yo» puede ocupar su lugar? Pero bajo ese «yo» hay «otro» que se esconde y pretende ocupar tarde o temprano, el lugar de Dios: el demonio.

Para salir de la esclavitud del «yo», no es suficiente la existencia de la colectividad. Esta en su raíz interesa en cuanto protege o fomenta el bienestar querido por la esclavitud del egoísmo propio. La sociedad no es suficiente para desprender al hombre de sí mismo, de su esclavitud. Todo lo contrario, le impone otra esclavitud; aquella que reclama los servicios a la sociedad o a la patria. El soldado que muere por la patria, en el fondo muere porque en la patria están sus intereses amenazados.

Solamente Dios puede devolvernos la auténtica libertad: al sacrificarnos por El encontramos la plenitud de nuestra libertad, pues ésta ejerce sus funciones en la dirección perfecta. Esto nos coloca en un estado de inseguridad en el mundo. Al no mirar hacia nosotros mismos, nos sentiremos libres para mirar por aquello que sea la voluntad de Dios; viviremos en una inseguridad mundana; no sabremos lo que comeremos mañana, cómo vestiremos, etc.; eso lo dejaremos en las manos del Señor, a quien servimos. De este modo se alcanzará aquella seguridad que procede de la perfecta libertad; la seguridad que da Dios a aquellos que le sirven fielmente.

Podemos aun hacernos otra pregunta: el que se decide a buscar a Dios, ¿lo hace por servir a Dios o porque ese servicio le reporta un provecho? ¿No sería eso una forma de egoísmo sutil, que busca ante todo su felicidad, como otros la buscan en otra dirección? Esta felicidad debe ser una consecuencia, no un fin, de ese servicio libre y desinteresado a su Creador. Encuentra la felicidad porque ha dado con el centro y la razón de su existencia. No es esclavo de nadie, ni siquiera de sí mismo; su libertad le viene porque el amor le hizo esclavo de su Señor, alcanzando la meta para lo cual fue creado. En cuando la criatura actúe la libertad en esa dirección, será más perfecta tanto la libertad como la criatura. Lo contrario que hizo Lucifer, y después el primer hombre; eso es rebeldía en la que la libertad no supo decidirse por la perfección de sí misma. ¿Es que el demonio es más libre por querer todo lo contrario que quiere Dios? Es muy aleccionadora su representación con cadenas. ¿Es que éstas se las ha puesto Dios? No, se las ha puesto su orgullo; el demonio es el eterno encadenado por su «amor-propio». Los hombres cuanto más se «amen» a sí mismos desordenadamente, más se van asemejando al demonio. La libertad verdadera será sustituida por una satánica esclavitud, en la que el orgullo los tiene aprisionados como en un infierno.

El servicio de Dios no es ningún complejo – aunque así lo hace creer el demonio a los hombres para hacerlos esclavos suyos –, el servicio a Dios es un orden jurídico y racional que lo reclama el derecho de ser criaturas suyas. Es verdad que Dios creó al hombre libre, pero esa libertad, precedida del conocimiento y del amor, es para que reconozca y abrace libremente esa dependencia jurídica y racional. Lo contrario es rebeldía; por tanto una libertad falsa que intenta implantar un orden antijurídico.

Ahora se puede uno preguntar. ¿Cómo puede existir el

ejercicio de una libertad, cuando sólo existe una única dirección? Esto radica en la esencia misma de la voluntad que tiende naturalmente hacia el Bien, y cuando elige el mal lo hace bajo el aspecto de bien. La libertad no se decide sobre un mal o un bien; decide sobre dos realidades que aparecen bajo el aspecto de bien, aunque una de ellas no lo sea. Cuando el hombre intenta ante todo, su bien propio, posponiendo el Bien, entonces, tarde o temprano experimentará que se ha decidido por el mal – esto es actuar por «conveniencia» – . Sólo cuando se actúa con una conciencia recta se experimenta la sensación de haber obrado bien, porque si se eligió una cosa mala, fue porque en *conciencia* la vio como Bien. La tentación del demonio al primer hombre en parte era verdadera: «*Seréis como Dios, conocedores del bien y del mal*». El hombre no conocía el mal hasta que lo experimentó. Los santos conocieron el mal, pero lo superaron dirigiendo su libertad a la consecución del Sumo Bien. El dolor, que es un mal, como consecuencia del pecado, no entraba en la primera economía; la libertad no se purificará ahora, sino a través del dolor, que es un mal relativo, pero abre el camino hacia el Sumo Bien. La rebeldía contra el dolor es un nuevo pecado que hunde más al hombre. La libertad debe aceptar el dolor como medicina de salvación. Si lo rechaza está rechazando la curación, que no es otra cosa que obstaculizar el retorno al Paraíso perdido. Para conducirnos a él vino el Hijo de Dios y nos dijo que El era el Camino para ir al Padre: «*Nadie puede ir al Padre sino por mí*». A aquel Padre, que perdimos en el Paraíso, no podremos retornar si no nos asemejamos a su Hijo Unigénito. Es dentro de El donde debemos vivir, para que el Padre nos vea a través de su Hijo. Al vernos así identificados, pueda exclamar de cada uno de nosotros: «*Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo puestas mis complacencias*». Pero no podemos estar dentro de su Hijo sino recorriendo el

camino que El recorrió: *«Mi comida es hacer la voluntad de Aquel que me envió»*. La Voluntad del Padre estaba en la Cruz, el Calvario y la Muerte, para redimirnos de nuestros pecados – no que la Voluntad del Padre hubiera elegido para su Hijo la cruz, el Calvario y la Muerte; la eligió el hombre y la *justicia* del Padre lo aceptó. Rechazar la cruz que la justicia del Padre determina para cada uno de nosotros es rechazar el «Camino» que nos conduce al Padre. El Hijo Unigénito le recorrió por nuestra salvación; nosotros debemos recorrerlo, no tanto por nuestra salvación, sino porque El lo recorrió por cada uno de nosotros. ¡Qué profundas son las palabras de Jesús a través de estas consideraciones!: *«Yo soy el camino»*. Nunca habiéramos salido de nosotros mismos, ni siquiera con la mejor parte de nuestra voluntad. Solamente el Amor de Jesús nos sacó del ensimismamiento en que vivíamos, abriéndonos el camino; – *«haciendo de un camino ignominioso, que le dieron los hombres, camino de salvación»* – el cual recorreremos cuando impulsados por el amor, nos decidimos a seguirle. El amor a nosotros mismos nunca hubiera aceptado el dolor para retornar al Padre. Pero su Hijo se hizo dolor por cada uno de nosotros para que al verle nos abrazáramos con el dolor.

Aquí la libertad tiene un papel de suma importancia, tiene que decidirse por realidades profundas que le propone la fe, y no dejarse doblegar por la resistencia de una naturaleza caída, aprovechada constantemente por el demonio. Si en el Paraíso el hombre abrazó el mal sin conocimiento de él, ahora debe abrazar el dolor, conscientemente, porque esconde un bien: su purificación y su salvación. Esto es lo que han hecho los santos. Desde el momento que por medio del dolor sea purificado nuestro egoísmo, el alma saldrá de su esclavitud, del apego a sí mismo, recobrando su auténtica libertad: La perfecta elección del Bien.

V

LA LIBERTAD Y LA CONCUPISCENCIA

Hemos hablado del obstáculo que reside en la voluntad misma, e impide la libertad: El egoísmo y el orgullo.

Dando un nuevo paso nos encontramos con un nuevo impedimento de la libertad; éste se encuentra dentro del hombre, pero fuera de su voluntad: la concupiscencia desordenada de la carne. Esta segunda esclavitud, como toda esclavitud, depende de la primera: Al no estar la voluntad libre, sujeta a Dios, ésta no puede sujetar y ordenar las pasiones, dando lugar a la esclavitud de la concupiscencia de la carne.

¿En qué situación se encontraba el hombre en este aspecto antes del pecado original? Todas sus pasiones estaban ordenadas en un perfecto equilibrio bajo el dominio de su voluntad, sujeta a Dios, gozando así de una auténtica libertad. Por eso el enemigo, espíritu del mal, no podía tocar sus pasiones, ya que todas ellas estaban como ungidas por una voluntad santificada por la gracia. La tentación fue dirigida desde afuera, a esa voluntad. Todos los actos del hombre eran purísimos, pues procedían de un principio santo. Su quehacer principal, ya se lo había ordenado Dios: Multiplicar el género humano, la familia de Dios.

La familia humana, tal como la conocemos hoy, no entraba en el plan divino primitivo. Esto que parece una exigencia de la misma naturaleza, es cierto, después del pecado, que todo tiende a ser dividido y requiere un orden; y que ahora necesita de ese orden para purificación del hombre. Pero no habiendo

necesidad de esa purificación, en caso de que no hubiera existido el pecado de origen la situación hubiera sido muy diversa. Mientras que el hombre ahora tiende, casi de una forma exclusiva a la formación de una familia, en el plan primitivo no tendría presente más que una cosa: Cumplir la Voluntad de Dios que incluía la colaboración con El en la multiplicación de sus hijos, sin distinción de razas ni de fronteras, ya que éstas son consecuencia del pecado. El sexo se lo dio Dios al hombre para este fin. Esto se hubiera realizado de una forma perfecta: El centro de la vida humana era Dios. El hombre era la criatura gozosa de saber que estaba al servicio de su Creador. Como Dios en su infinito poder quería la colaboración del hombre para crear otros hombres como él, dio a éste una colaboración humana, la mujer. La mujer, en el orden sobrenatural procede del hombre: *«Y de la costilla que del hombre tomará formó Yahvé Dios a la mujer...»*, y quedó constituido el matrimonio: *«y serán los dos una sola carne»*. El hombre no estaría solo en un quehacer tan divino: La multiplicación de la familia de Dios. Lo que les llevaría a la unión sexual no sería jamás el egoísmo de unos instintos desordenados, sino el «servicio» a su Señor que les creó. Tanto el hombre como la mujer no se verían sino como instrumentos, sumisos plenamente a la Voluntad divina. Jamás se detendrían en sí mismos, estando unidos en un solo Amor: el Espíritu Santo.

No podemos concebir ahora, como estando «desnudos» no se dieron cuenta de ello antes del pecado. Este es un rasgo que ilumina, revelándonos su grado altísimo de contemplación divina. En un estado tal de contemplación, ¿qué importancia podían tener sus cuerpos? Lo importante era el Amor de Dios que los unía. No era la fuerza sexual la que dominaba, sino el AMOR, la daría visión de Dios que les había ordenado multiplicarse y crecer. El placer sexual, que ciertamente

existía, no era comparable al gozo del alma de saber estar cumpliendo la Voluntad de su Creador, a quien amaba con todo el corazón y con toda la mente. El cuerpo no era más que un simple soporte donde habitaba el alma, la «imagen de Dios», que iba a colaborar con El en la creación de otras criaturas. Todas estas criaturas colaborarían con Dios en una forma idéntica. No quiere decir esto que el fin *único* de la unión del hombre y la mujer era la procreación del género humano; el fin *principal* de esa unión era el cumplimiento de la Voluntad de Dios, lo otro sería una consecuencia. De esa unión de almas y cuerpos en el Amor y la Voluntad de Dios se beneficiaría toda la creación. Así, eran «imagen y SEMEJANZA de Dios», un reflejo de la Santísima Trinidad.

Dios mismo era el centro de ellos, que eran «uno» en Dios. Ellos, el hombre y la mujer, eran el centro de la creación. De esa unión de sus almas y sus cuerpos en Dios, recibía toda la creación esa fuerza, vigor, fecundidad, ¡vida!, que ellos recibían de Dios irradiando ese bien que penetraba hasta las entrañas de todo lo creado. Al mismo tiempo que cooperaban con su Creador en la creación de los «hijos de Dios».

Cuando aconteció el pecado, se dio una honda perturbación en el ser humano. Al faltar la libre sujeción de la voluntad a Dios, la otra parte del ser humano, el cuerpo con sus instintos, dejó de sujetarse a aquélla que se había rebelado separándose de Dios. Esto origina la esclavitud de la carne. La concupiscencia no obedece fielmente a la voluntad. Más aún, ésta esclavizada por el orgullo propio busca ante todo la satisfacción egoísta. El sexo, que Dios había dado al hombre para colaborar con El, lo utiliza como fuente de placer, pasando a ser colaborador del espíritu del mal. El desorden de la concupiscencia, que es una consecuencia, reafirma la esclavitud de la voluntad, que es su causa.

Mas así como no quitó Dios la libertad del hombre, cuando

usó mal de ella, así tampoco le quita la facultad de procrear. Tampoco disuelve el matrimonio. Nos lo recuerda Malaquías en el Antiguo Testamento con estas palabras: *«Porque Yahvé toma la defensa de la esposa de tu juventud, a la que has sido desleal, siendo ella tu compañera y la esposa de tu alianza matrimonial. ¡Pues qué! ¿No los hizo El para ser uno solo, que tiene su carne y su vida? Y esto único, ¿para qué? Para una posteridad para Dios. Cuidad, pues de vuestra vida; y no seas infiel a la esposa de tu juventud»*. Y lo confirma después Jesús en el Nuevo Testamento. Dice Jesús, contestando a los fariseos: *«No habéis leído que al príncipe el Creador los hizo varón y hembra? Y dijo: «Por esto dejará el hombre al padre y a la madre y se unirá a la mujer, y serán los dos una sola carne»*. De manera que ya no son dos, sino una sola carne. *Por tanto, lo que Dios unió no lo separe el hombre»* .

Dios no se desdice en sus obras. Pero para ayudar al hombre a recobrar la antigua libertad, le dio unas normas explícitas: *«A la mujer dijo: Multiplicará los trabajos de tus preñeces. Pariás con dolor los hijos. Y buscarás con ardor a in marido, que te dominará»* . Al hombre le dijo: *«Por haber escuchado a tu mujer, comiendo del árbol de que te prohibí comer, diciéndote: no comas de él: Por ti será maldita ¡a tierra; con trabajo comerás de ella todo el tiempo de tu vida; te dará espinas y abrojos, y comerás de las hierbas del campo. Con el sudor de tu frente comerás el pan. Hasta que vuelvas a la tierra»*. Estas normas debían establecer un orden semejante, no igual, al primero: Ya la subsistencia del hombre no dependía de Dios solo; debía ganarse el pan *«con el sudor de su frente»* y la mujer debía además cooperar con su dolor, a la procreación de los hijos. Cada pareja formaría una familia por la cual debía responsabilizarse. El hombre, tanto será más hombre cuanto mejor cumpla su deber de representante ante Dios de esa familia y cuanto su voluntad

sepa dominar su concupiscencia dentro de ese hogar. Era la primera fase de la purificación de la carne. Además de que lo exigían los hijos nacidos en pecado y necesitados más largamente del apoyo moral y material de una familia. Esa familia sería como el clima espiritual, que acogería a la Madre del Mesías prometido y a su Hijo.

María inauguró una segunda etapa de purificación haciendo el voto de virginidad; y al mismo tiempo santificó la familia misma. Las almas vírgenes, que han seguido su ejemplo, han sido un contributo santo a esa purificación para recobrar la libertad de la carne, purificando la naturaleza caída. Nuestra visión limitada – una de tantas consecuencias del pecado de origen – nos impide ver la repercusión social de ese holocausto de la concupiscencia, consumado por esas almas vírgenes.

El «enemigo» ha intentado sacar su parte también de esta segunda fase de purificación: Esa lucha contra la concupiscencia ha engendrado una inconsciente aversión al sexo, como si éste fuera obra del pecado. Hasta hubo una secta que consideró al matrimonio como una invención del diablo. Bastaría decir a esto, que el pacto de la antigua alianza, señalado por Dios con Abraham, fue hecho por medio de la circuncisión, adelantándose así a lo que el demonio podía sugerir mucho tiempo más tarde.

Es cierto que el hombre, después del pecado de origen ha perdido aquella serenidad, que procede de una voluntad sujeta a Dios, libre de sí misma y de los apetitos de la carne. Todo el orden «natural», que residía en el interior del hombre, dependía del orden «sobrenatural de la gracia». Era ésta la causa y el fundamento de aquel orden «natural». Si se quiere retornar a aquel equilibrio, donde la voluntad sea libre de toda esclavitud, necesita el orden sobrenatural de la gracia, pues Dios quiso al hombre en este estado, y de él dependía ese

equilibrio «natural». Es la gracia, por tanto, la que dará al hombre aquella «naturalidad» y espontaneidad en el entender y hablar del sexo. Cuanto más esa gracia vaya penetrando en el alma, la va tornando a aquella infancia recomendada por el Maestro. ¿Y cuándo los niños han pensado que el sexo es algo misterioso? Esa denominación del «misterio de la vida» ha sido obra de la concupiscencia desordenada. Para los niños el sexo es algo tan natural como las manos, la cabeza y los ojos. A esa naturalidad se puede llegar con la ayuda de la gracia. Pero el estado actual de la sociedad debe mantener con la misma reserva a aquellos que la han conseguido.

Hay que hacer notar que el hombre de un corazón puro posee una ingenuidad que puede ser juzgada como falta de personalidad. Así lo cree el hombre que ha puesto la personalidad en cosas que no lo son. Ello se debe a que éste no posee un corazón puro, sino manchado; y esa mancha, que es ceguera, no le permite ver la realidad del plan divino. Porque la verdadera personalidad se debe colocar en aquello más elevado que posee el hombre: la imagen que Dios grabó de Sí en él: «*Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra*». El hombre de corazón puro va adquiriendo aquella «semejanza» divina, que es su verdadera personalidad. El santo es aquél que ha alcanzado aquella verdadera libertad divina, que Dios quiso para el hombre, como una participación de la suya, y que nada tiene que ver con el endurecimiento que proviene de la esclavitud de la concupiscencia.

Hemos apuntado antes la colaboración de la mujer con el hombre en la multiplicación de los hijos de Dios. Pero no se debe olvidar que Dios al crear la mujer lo hizo para quitar la soledad del hombre: «*No es bueno que el hombre esté solo*». Si esa soledad del hombre se hubiera hecho notar después del pecado, habría una explicación. Pero no, el hombre estaba lleno de gracia, Dios vivía en él, y sin embargo, su Creador

encuentra que *«no es bueno que el hombre esté solo»*. En esto vemos la humildad profundísima de Dios: en el hombre que le pertenece totalmente, deja como una abertura espiritual para que otra criatura la complete. ¿No podrá hacerlo El mismo? Sí, pero Dios quiso dar al hombre el gozo de hablar con una criatura semejante a sí. Para ello hace «depender» a la mujer de él mismo, dejando en el hombre aquella abertura, no sólo en la carne, sino en el espíritu. La «ayuda» que Dios dio al hombre es de I al índole que toca a la raíz de la existencia humana. Existe un principio que dice así: «La gracia no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona».

Ahora podemos sacar ya una consecuencia: el total desarrollo de la personalidad del hombre se realiza, cuando su alma se encuentra con el alma de la mujer. Lo sexual es una realidad posterior, que hasta puede no existir. Contemplemos la vida de los santos. Siempre al lado de ellos existe una mujer, que realiza la misión de ser la «ayuda» querida por Dios. Esa «ayuda» frecuentemente no es observada por los ojos mundanos, pues lo enlodaría; permanece oculta, realizando su humilde, pero sublime misión. Y no pensemos que a los santos les bastaba con Dios. Más gracias que los santos tenía el primer hombre y Dios dijo: *«No es bueno que el hombre esté solo»*. No reconocer esa «ayuda», es rechazar el plan divino.

En el hombre se pueden dar dos anormalidades diferentes, según la actitud que adopte frente a la mujer: El endurecimiento y el embrutecimiento. Aquél acontece cuando se desprecia esa «ayuda», éste cuando se abusa de ella. El embrutecimiento, cuando hace de la «ayuda» un Dios, creyendo que la satisfacción carnal le puede dar la felicidad. Y como esa felicidad dura unos instantes, el hombre piensa que multiplicando esos instantes la felicidad se puede prolongar. Esta forma de pensar no trae más que el hastío. Ese

proceder no trae ningún desarrollo de la personalidad humana; lo que trae es la aparición de la bestia en el hombre con un mínimo de razón. El demonio ha conseguido que el hombre substituya a Dios por el sexo: este es el Dios cuyas exigencias son cada vez más imperiosas; en el no hay ni amor, ni justicia. Sólo existe una norma: el egoísmo. Aquí estamos en la plena esclavitud de la carne, fomentada por el demonio constantemente.

Esto puede dar motivo a que otros hombres, deseosos de esa libertad, para ir mejor a Dios, desprecien la «ayuda», viéndole como un instrumento casi exclusivo que el demonio empica para apartarlos de Dios. Este razonamiento intenta prescindir radicalmente de esa «ayuda», quizá con buena intención, porque cree que es un impedimento. Pero el plan de Dios no se puede cambiar sin sentir las consecuencias. Ese desprecio de la «ayuda», *querida por Dios*, produce un dislocamiento interior que termina en el endurecimiento, causando en el alma una frialdad semejante a la de aquellos que se han embrutecido abusando de la «ayuda». Porque el hombre que se entrega sinceramente a Dios, jamás debe despreciar aquello que Este ha creado para él, aunque otros abusando de esa «ayuda», hayan ido contra el plan divino. El endurecimiento no sucede, cuando el hombre ha buscado primordialmente el servicio de Dios, sino cuando esa prioridad se la ha dado a su egoísmo, vivir más cómodamente. Es decir, que tanto en el embrutecimiento como en el endurecimiento, abuso y desprecio de la mujer, el factor que mueve ambas actitudes es el mismo: *el egoísmo*.

Y así el demonio ha hecho ver que el enemigo del hombre es la mujer y viceversa. No es fácil reconocer al demonio en todas estas apreciaciones. Pero es él quien desea obstaculizar el plan divino, desde el principio, pues él mismo se valió de la mujer para introducir su espíritu en el alma humana y

apoyarse en el hombre para realizar sus ambiciones de ser hombre y reinar sobre los hombres. En la regeneración del hombre no se puede prescindir de la mujer, pues Dios mismo, en su humildad y en su justicia, se sirvió de ella, María, para introducirse en este mundo. Frecuentemente, dada la naturaleza caída, sólo se tiene en cuenta la obra devastadora que el «enemigo» ha realizado por medio de la mujer, pero ha llegado la hora, ¡y es ésta!, en la que corazones llenos del Espíritu Santo, encendidos en su fuego purísimo, miran de frente al modo de obrar de Dios.

Si el pecado dejó a la mujer menos vulnerada que al hombre, quiere decir que ahora ella se encuentra «naturalmente» más cerca de Dios. El sentido de «ayuda» para el que fue creada, toma ahora un nuevo relieve. Ella debe estar sujeta al hombre, (pues ese fue el decreto divino después del pecado). Pero esa sujeción no le exime de utilizar todo lo mejor, que posee, para llevar al hombre a sujetarse a Dios.

En realidad no sabemos cómo sucedió el pecado original, pero por las consecuencias se ve que el hombre fue más culpable; pues no es justo, ni razonable, que exista un desorden mayor en aquél que ha pecado menos. Luego si en el hombre hay mayor desorden, es porque su pecado fue mayor. Ahora bien, si la mujer colaboró con el hombre – no sabemos en qué medida – en el pecado, ella debe colaborar y «ayudar» al hombre a regenerarse. Es cierto que éste tiene la gracia a su disposición, como ayuda, pero antes del pecado también la tenía, y sin embargo, Dios vio solo al hombre y juzgó necesario darle una «ayuda semejante a él»: la mujer.

Pues bien, en esta regeneración del hombre, el elemento humano, la mujer, debe *responsabilizarse* de su altísima y delicada misión salvadora. Es cierto que el hombre debe tener la *voluntad decidida de levantarse*, y en definitiva de él depende; pero la mujer con su intuición debe «ayudarle»,

porque de lo contrario le sería muy difícil. Precisamente, es aquí, en el desorden de la concupiscencia, donde la mujer es más ordenada y libre, conservando mejor el equilibrio primitivo.

El desequilibrio en la mujer no es tan profundo como en el hombre, pero es más sutil, y puede hacer infecunda su misión. Esto sucede cuando ella, aprovechando los dones y gracias que Dios le ha dado los utiliza en una complacencia egoísta. Entonces en lugar de ser un eslabón entre Dios y el hombre, se convierte en un verdadero obstáculo, y el demonio la utiliza como instrumento para embrutecer y esclavizar aún más al hombre. La superficialidad no permite a la mujer responsabilizarse de su misión elevada y profunda. Si Dios se la entregó al hombre como un complemento, esto abarca todo el ser de ambos. El alma de la mujer debe aportar algo positivo, que necesita el alma del hombre, y eso positivo es algo divino, que después del pecado el hombre perdió. Y esto no lo conseguirá realizar la mujer con la superficialidad de una vana complacencia.

Además de la gracia, son el amor y el sacrificio los que darán a la mujer esa fortaleza y esa visión sobrenatural, para realizar su delicada misión. Comprenderá que es un error y una injusticia aprovecharse de los dones de Dios en una insensata y absurda complacencia para retener al hombre consigo, en lugar de llevarlo a Dios, haciendo así infecundos sus dones, Ella debe ser un punto de apoyo que jamás obstaculice el retorno del hombre a Aquel que le creó. La misión de la mujer es sublime, pero también muy humilde; salirse de la humildad por ser sublime su misión, es no haberla comprendido. Toda la tendencia espiritual y carnal que siente el hombre hacia la mujer, debe ésta utilizarla para enrumbarle hacia Dios. Si ella se apropia de esa tendencia para sus intereses egoístas, está defraudando el plan divino.

Además ella sufrirá las consecuencias, porque al querer retener al hombre en sí misma, éste la dominará hasta esclavizarla por una concupiscencia, siempre insaciable, llevándola también a ella al embrutecimiento y endurecimiento.

Para que la mujer logre ser aquella «ayuda natural» querida por Dios para regenerar al hombre, debe alcanzar aquella libertad interior, de la cual hemos ya hablado, sacrificando su egoísmo fino, que se resume en una palabra muy significativa: *vanidad*. Dejará de ser vana, cuando deje de ser superficial, y dejará de ser superficial cuando ahonde en el amor que Dios le ha dado, que es un destello del Amor infinito. Una colaboración asidua y seria con la gracia, la conducirá a descubrir su verdadera belleza. Es en ésta donde el hombre se debe apoyar para alcanzar la belleza infinita, que es Amor y Verdad en la perfecta libertad.

VI

EL ESPÍRITU DEL MUNDO

Hemos reflexionado sobre los dos obstáculos de la libertad que el hombre lleva dentro de sí: el orgullo y la desordenada concupiscencia. El tercer obstáculo lo encontramos fuera del hombre: el espíritu del mundo.

Cuando llega a este mundo el hombre se encuentra herido espiritualmente por dentro y por fuera; trae el pecado de origen, espíritu del mal,, el cual debe ir expulsando con la ayuda de la gracia. Fuera de sí mismo, el hombre encuentra un mundo, donde el espíritu del mal que él trae, ha sido aceptado por la inmensa mayoría de los hombres. Ese espíritu del mal aceptado tiene un nombre, «el espíritu del mundo». Este ha tejido una red donde la libertad de los hijos de Dios encuentra gran dificultad para actuar.

¿Nos hemos preguntado alguna vez por qué Jesús no oró por el mundo?, y no solamente en cuanto que en su Oración Sacerdotal no mencionara al mundo, sino que positivamente lo rechazó: «*No ruego por el mundo*». ¿No será que el mundo y el demonio se identifican? ¿Acaso se puede rogar por el demonio? Para Jesús el «mundo» se encuentra en una situación idéntica a la situación del demonio. Hay en ellos una rebeldía constante, que los hace incapaces de recibir la oración de Jesús y el perdón del Padre. No son meras palabras: el mundo es el reino del demonio. Recordemos que en la tercera tentación el demonio ofreció a Jesús los reinos de este mundo como cosa suya. Por eso, el espíritu del mundo es el espíritu del demonio. En el mundo reina la soberbia y la

mentira, porque su espíritu es el mismo de aquél que es el padre de la mentira. Y así como el hombre necesita de la humildad para llegar a la verdad, así la mentira brota de la soberbia como su fruto natural. Baste un pequeño examen personal para comprender éster: ¿Por qué no se dice siempre la verdad? Porque no existe la humildad suficiente para soportar las consecuencias de una verdad que perjudicaría a nuestra persona. A esta pequeña experiencia íntima démosle la máxima potencialidad de aumento, y veremos cómo en el mundo está implantada la mentira diabólica, que esconde el orgullo de seres que participan más o menos del espíritu del demonio. Estas breves reflexiones nos han podido aclarar el por qué Jesús no rogó por el mundo, cuando su Corazón se dilataba rogando, no sólo por sus Apóstoles, *«sino por aquellos que habían de creer por sus palabras»*.

Una breve consecuencia práctica: En tanto la mentira sea frecuente en nuestra vida, el orgullo tiene sus raíces en nuestra alma, y por tanto participaremos del espíritu del mundo; y en tanto pertenezcamos a ese espíritu, salimos fuera de la oración de Jesús: *«No ruego por el mundo»*.

El demonio ha trabajado para que los hombres no den a la mentira el valor que se merece, y lo ha conseguido; más aún, ha bautizado algunas como «mentiras piadosas». ¿Es que una piedad seria puede compaginarse con la mentira? El demonio sabe muy bien que no; pero como no quiere perder toda influencia en las almas buenas, les hace ver que esas mentiras no tienen importancia. De momento el demonio se contenta con alcanzar esa mínima victoria: es la puerta abierta para poder penetrar más a fondo en el momento oportuno. Pues al aceptar esas almas algo suyo, como es la mentira, Dios, por justicia *le permitirá* acercarse a ellas. Además, con eso el «enemigo» consigue otra cosa: al calificar a esas mentiras de «piadosas», consigue que las almas no descubran el verdadero

motivo de esas mentiras: el orgullo. La mentira es un termómetro fiel que indica en qué grado se encuentra el orgullo incrustado en nuestra alma. A simple vista parece que no tienen ninguna relación entre sí. Para ver esa relación no hay que olvidar que el padre de la mentira es el demonio, el orgullo personificado. Y éste ha establecido su reino en el mundo por medio de los hombres que le han aceptado. Por eso el mundo es regido por el espíritu del demonio. Este comenzó a posesionarse del mundo por medio de la mentira: «*Seréis como Dios*», dijo a Adán. Pero este reino del demonio está destinado a perecer. Así como la verdad es una, y unifica, así la mentira es múltiple y disgrega. «*Todo reino dividido está destinado a parecer*».

El espíritu del mundo tiene ¡tantos matices!, y a veces creemos conocerlos todos, cuando en realidad nos falta conocer aquellos que más nos interesa. Debemos tener presente que el espíritu del mundo trabaja en distintas zonas al mismo tiempo: Desde lo puramente material, hasta llevar la confusión a los valores espirituales. Ese espíritu no es más que la prolongación de la actuación del demonio, a fin de conseguir aquello que éste no ha podido. En la vida de Jesús, por ejemplo, el demonio intenta apartarle del camino de la Voluntad del Padre. No lo consigue y lo intenta constantemente con sus seguidores por medio del espíritu del mundo, presentándose bajo el aspecto de lo «razonable». Por otra parte, lo puro de Dios lo hace ver «razonablemente exagerado». Es un empeño por parte de ese espíritu, hacer que los hombres vivan confortablemente en este mundo, en la medida que puedan, prescindiendo de Dios. Porque en el fondo, faltando Dios, los hombres no pueden ser felices, por eso se dice: «en la medida que puedan». Este empeño lo consigue en las zonas inferiores del hombre: Desde los sentidos hasta cierta parte de la razón. Pero cuando ésta profundiza se

encuentra con la mentira del espíritu del mundo. Este no es razonable, es sofisticado, porque pretende que el hombre olvide aquel anhelo profundo que constantemente tiende a germinar en su alma: Dios. Ese olvido de Dios reviste muchas formas, pero siempre lleva la impronta de lo «razonable»: Desde el materialismo ateo hasta la religión que pretende, en la práctica, pactar con el espíritu del mundo. Es cierto, que el materialismo ateo se apoya en razones materiales y económicas para prescindir de Dios. Es una razón «ciega», como la materia en que se apoya, pues la misma materia ha sido hecha por Dios. Con esto se comete una «sin razón», al prescindir de Dios, cuando se trata de implantar una justicia social. No obstante, ante ellos el prescindir de Dios es algo razonable: ¿Lo han visto sus ojos? Luego no existe. Este es un razonamiento que podría hacer un animal con un mínimo de razón: La simple ilación de los sentidos.

Es tan vario y distinto el espíritu del mundo, como son distintas las clases de demonios. ¿Acaso no hemos dicho que el espíritu del mundo es la prolongación escondida de la influencia del demonio? Los demonios son múltiples. Aquel poseso del Evangelio dijo que su nombre era «legión». También el espíritu del mundo es «legión» y falto de unidad.

¿Una cosa es razonable?... Luego Dios lo quiere. Así piensa el «espíritu del mundo», que se opone enérgicamente a las exigencias de una fe, que pide a veces el sacrificio de la propia *razón* para someterse incondicionalmente a la Razón suprema. Recordemos el caso de Saúl; fue el hombre que obró siempre a impulso de la *razón*, Un poderoso ejército está a punto para destruir a Israel; éste se dispersa, y Samuel no termina de llegar. Ante la premura del tiempo, a Saúl le parece «razonable» que él debe ofrecer el holocausto. «*Apenas ofreció el sacrificio, Samuel se presentó y le dice: ¿Qué has hecho?*» Y las palabras de Saúl son muy razonables, pero

Samuel le responde: «*Has obrado neciamente...*». Lo «razonable» para Saúl, es una «necedad» para el hombre de Dios. Saúl y Samuel fueron dos hombres animados de distintos espíritus. Nunca hubo una compenetración mutua, a pesar de que sus vidas estuvieron tan relacionadas.

No hay duda que en el hombre hay una tendencia a obrar y a juzgar en la forma de Saúl. Lo «razonable» nos va apartando paulatinamente de la Voluntad expresa de Dios, como le sucedió a aquél. Dios le manda por su profeta Samuel, que exterminie totalmente a Amalee. Pero Saúl vuelve a hundirse en su razón rebelde al mandato de Dios. No extermina totalmente a Amalee, y consiente que el pueblo guarde algunos animales para ofrecérselos a Aquel que le ha mandado exterminarlos. He ahí el punto resbaladizo de la razón, se opone al mandato de Dios de una forma razonable: «*Mejor que el exterminio es la oblación*»¹. La razón hace olvidar a Saúl la obediencia y sumisión a Dios que incluía aquel exterminio. Así le dice el hombre de Dios: «*Mejor es la obediencia que las víctimas. Tan pecado es la rebelión como la superstición, y la resistencia como la idolatría: Pues que tu has rechazado el mandato de Dios, El te rechaza a ti como rey*».

Lo que hizo Samuel con el rey de Amalee, hiera a nuestra sensibilidad mundana; quisiera protestar ante algo que parece cruel. Pero Samuel prefiere que los hombres le juzguen así, antes que desobedecer la orden del Señor: «*Traedme a Agag, rey de Amalee. Así como a tantas privó tu espada de hijos, así será entre las mujeres tu madre privada de su hijo. Y destrozó a Agag ante Dios en Caígala*».

Este pasaje histórico nos lleva a analizar las exigencias del mundo, aquello que éste exige a los hombres de Dios. El espíritu del mundo ha logrado convencer a los hombres, que las almas santas, los elegidos de Dios deben ser personas

inofensivas: No debéis temerlos, parece decirles; cuando no estén conformes con vuestro parecer se callarán. ¡Son tan buenos y comprensivos! Incluso ese espíritu del mundo impulsa a sus seguidores a que colaboren con las almas buenas, pues así, de algún modo las tiene también en sus redes. A las almas sencillas, deseosas de una mayor perfección, les ha convencido que no deben alterar las cosas; que ellas no han sido llamadas a ese camino de perfección, que no es para todos, por tanto no deben molestar a los tiernas, pues eso sería falta de caridad y de paciencia, no sabiendo soportar a los «hermanos». Es el mismo demonio quien sugiere esto a esas almas, para poder él trabajar mejor en el mundo. A esto se puede contestar con los dos personajes, que lucharon denodadamente contra el espíritu del mundo, y que aparecen junto a Cristo en el Monte Tabor: Moisés y Elías. Moisés *«Cogió el becerro que habían hecho y lo quemó, desmenuzándolo hasta convertirlo en polvo, que mezcló con agua, haciéndoselo beber a los hijos de Israel»*. Después habló así a la tribu de Leví, que se puso a sus órdenes: *«Así habla el Dios de Israel: Cíñase cada uno una espada, pasad y repasad el campamento, de la una a la otra puerta, y mate cada uno a su hermano, a su amigo y a su deudo»*.

El profeta Elías no fue menos inflexible: *«Coged a los profetas de Baal, sin dejar que escape uno. Cogiéronles ellos y llevóles Elías al torrente de Cisón, donde los degolló»*.

Podríamos sacar una breve conclusión de estos hechos: En tanto nosotros nos escandalicemos de esto, indica que nuestro espíritu mundano nos incapacita para comprender la justicia de Dios. El espíritu del mundo ha hecho olvidar este atributo divino, prolongando su misericordia de una forma desproporcionada a la justicia. Porque si infinita es su misericordia, también lo es su justicia. ¿Cuándo comienza una y termina la otra? El espíritu del mundo no es el más indicado para

saberlo. Y esos hombres, Moisés y Elías, en esos momentos eran impulsados por una fuerza superior a ellos mismos, realizando la justicia divina. ¿Que nuestra razón no se conforma con ello? Esta inconformidad revela que nuestra razón está anclada, no en la fe, sino en el espíritu del mundo; vive éste o del sentimentalismo o del interés personal. Y tanto la justicia como la misericordia divinas se deben comprender por una fe que tiene por base la suprema Razón. Sólo aquellos que estén unidos por la fe en Esta conocerán la hora exacta de la misericordia y de la justicia.

Era el mismo espíritu del mundo, que además de lo «razonable» se deja arrebatar por la indignación, el que no permitió a los «hijos del trueno» ver la hora exacta de la justicia: «¿Hacemos *descender fuego del cielo que los consuma?*»^u. Jesús les hace ver que están dominados, en esos momentos, por un espíritu extraño a la Voluntad del Padre: «*No sabéis a qué espíritu pertenecéis*». La hora de Jesús era la «hora» de la misericordia divina: «*Yo he venido a salvar las ovejas perdidas de Israel*».

Conocer esa «hora» no es fácil a aquellos que viven sumergidos en todo aquello con que los distrae el espíritu del mundo. Una crítica sincera de todo eso, que distrae a los hombres lejos de Dios, sería insoportable para éstos, y se alzarían contra este juicio radical: Es imposible al hombre vivir sin ninguna distracción. Todo el que piense así, es porque, en realidad, no ha encontrado a Dios. Pues cuando se le ha encontrado todo aquello que distrae de El, ofende y disgusta. Puede suceder que por unos momentos llame la atención de nuestros sentidos, pero el fondo del alma huye a buscar a Aquél que es su vida, Dios, «*Por quien fueron hechas todas las cosas que vemos y sin el cual no se hizo nada*».

Esto es totalmente ininteligible para aquellos que *razonan*

con los sentidos, y viven en el deporte, la política, las casas de placer, los negocios, las reuniones sociales, los estudios, etc., y hasta ciertas «obras de apostolado» con miras de «pasar el tiempo» y al mismo tiempo hacer algo «por Cristo» y «por los hermanos»; es otra forma de «distracción» que aparta a las almas buenas del cumplimiento de la Voluntad del Padre.

Todo esto tiene a los hombres, no sólo distraídos, sino ciegos. Como hemos dicho anteriormente, es el mismo espíritu del mundo que trabaja en distintas zonas del alma humana. A los que no toma en un lazo, los coge en el otro. El hombre de negocios ve con lástima a aquél que gasta sus energías en el deporte o en casas de prostitución. El hombre de negocios piensa que él es el hombre razonable que sabe aprovechar su inteligencia, su tiempo y su dinero; y si además de éster asiste a cualquier acto religioso, ahí tenemos al espíritu del mundo en una forma fina, elegante, y hasta con el nombre de cristianismo. La gracia tiene que acomodarse al curso normal de sus negocios; lo contrario para él, sería fanatismo. Lo importante son sus negocios; puede ser que la religión ocupe el segundo lugar, sino ocupa el cuarto o el último. De forma parecida razona aquel que tiene como forma de «distracción» las «obras de apostolado»; lo importante son sus obras; que estén de acuerdo o no a la Voluntad de Dios, esto ni se piensa. Es Dios quien debe acomodarse a la voluntad del hombre, y como El lo «permite», como permite el mal; los hombres siguen pensando que eso lo QUIERE Dios.

¿Y son estos hombres los que deben juzgar cuándo es la hora de la justicia o de la misericordia de Dios? Su frivolidad y ligereza mundanas llegan a profanar con su juicio lo que jamás les será dado a conocer: el plan divino y misterioso de la salvación de los hombres.

Otra arma que utiliza el espíritu del mundo es la burla, y ésta tiene distintos grados, desde el chiste abiertamente

obsceno hasta aquel que toca las cosas espirituales – éste es usado hasta por personas religiosas – . No vamos a detenernos en el chiste, animal, pues no es difícil ver en él la impronta del espíritu del mundo, en franca colaboración con el demonio y la carne. Los que no sienten una rebeldía íntima contra esa clase de chiste ya sabemos a qué clase de seres pertenecen. Aquellos otros, que tocan las realidades espirituales, son un lazo más fino del «enemigo», para que las cosas de Dios no se tomen demasiado en serio; así *creará* un ambiente de frivolidad, en torno a las cosas más santas, que le permitirá más fácilmente realizar sus planes de destrucción.

He aquí por qué Jesús no rogó por el mundo, había en éste demasiado racionalismo y frivolidad, que se oponía a la salvación. Y no sólo se oponía a la salvación, sino que emprendería la persecución del Salvador, y de, todos aquellos que quisieran salvarse. «*Si el mundo os aborrece, sabed que me aborreció a mí primero que a vosotros. Si fueseis del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, sino que yo os escogí del mundo, por eso el mundo os aborrece. Acordaos de la palabra que os dije: No es el siervo de mejor condición que su señor. Si me persiguieron a mí, también a vosotros os perseguirán*»ⁿ. Estas palabras de Jesús son demasiado graves, para que un discípulo suyo las pueda olvidar fácilmente. A medida que una persona va dejando de pertenecer al «espíritu del mundo» por su fidelidad a la «llamada» íntima del Señor, el «mundo» comienza a aborrecerla, de una forma velada primero y abiertamente después; este «aborrecimiento» del mundo puede ser un termómetro para saber si ya hemos sido «escogidos» por Jesús: «*Si fueseis del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, sino que yo os escogí del mundo, por eso el mundo os aborrece*». Mientras el mundo nos aprecie y esté de acuerdo con nuestras obras, es porque esas obras son dirigidas por el

«espíritu del mundo» y todavía pertenecemos al «mundo» y no a Jesús.

Se pueden enumerar tres fases del espíritu del mundo con relación a los hijos de Dios: el engaño, el desprecio y la persecución. En primer lugar tratará de engañar a los hijos de Dios con el halago, los honores y los bienes materiales que posee. Cuando no se deja engañar y desprecia lo que el «mundo» le ofrece, entonces acontece la segunda actitud del espíritu del mundo: el desprecio y la burla. Pero cuando el hombre de Dios no sólo no hace caso de ese desprecio, sino que trata de desenmascarar los engaños del mundo, entonces tiene lugar la persecución y el martirio.

Dado el estado de dislocamiento, provocado por el pecado original, el hombre tiene que vivir en violencia continua: esa violencia, o se la hace el hombre a sí mismo, para desarraigar el espíritu del mal, o se la hacen ciertas circunstancias externas. Pensemos en una persecución religiosa: si ésta no ha dejado un convencimiento de que la persecución debe continuarse en lo secreto del corazón contra el «hombre viejo», éste vuelve a germinar al sentir un ambiente favorable y puede llegar a ser entonces más robusto ese «hombre viejo», de lo que era antes de sufrir los golpes de la persecución externa – de esto tenemos una experiencia que se está viviendo en la vida religiosa – . Las comodidades de un mundo, aparentemente convertido, le pueden sugerir que ya no necesita luchar contra nada, ni contra nadie. Aquellos actos de heroísmo, que se hicieron en tiempos de persecución no se repiten en circunstancias normales, cuando apenas se necesitaría un mínimo de sacrificio. Es que al faltar esa persecución externa la fe se va enfriando. No ha habido una continuidad en una lucha más profunda. Esa llama divina que habita en el alma, después de haber vencido la oposición que venía desde afuera, debía haber seguido quemando a la oposición de

resistencia del «hombre viejo», que habita juntamente dentro de él. Al faltar esa tensión, esa lucha, la mundanización del hombre es inevitable, dadas las tendencias enraizadas que existen en él del espíritu del mal.

Esto nos lleva a una consideración poco conocida: los santos que han vivido en una corte, quizás tengan más méritos que los mismos mártires. Estos dieron la vida por el Señor en unos instantes; superaron el mal descarado. Pero los reyes santos tuvieron que estar en constante vigilancia para que los honores del mundo no los corrompiesen desviándoles del Espíritu del Señor. Toda su vida fue un martirio en el sentido estricto de la palabra: fueron «testigos» incruentos frente a la persecución de los honores y halagos del mundo. Esta persecución es poco conocida, porque al mundo no le interesa que se conozca. Es la persecución más frecuente, y de la cual él saca el mejor partido.

Las palabras de San Juan en su primera epístola resumen todo el contenido del espíritu del mundo, que nosotros apenas si hemos esbozado: *«Porque todo lo que hay en el mundo, concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida, no viene del Padre, sino que procede del mundo. Y el mundo pasa y también sus concupiscencias; pero el que hace la Voluntad de Dios permanece para siempre».*

Ese sentido de fugacidad del mundo, *«el mundo pasa»*, no puede ser observado en toda su profundidad, si el hombre no se desprende de ese «orgullo de la vida». Aquello que le hace ver el mundo con una cierta estabilidad, y es el que da la razón o justifica la «concupiscencia de la carne» y la «concupiscencia de los ojos». Si este mundo que contempla ávidamente la «concupiscencia de los ojos» permanece, la «concupiscencia de la carne» no encuentra una razón visible por la cual deba abstenerse de algo. Por lo tanto, «el orgullo de la vida» es el corazón del espíritu del mundo, que alimenta a las

dos concupiscencias: ver y gozar. No son únicas, pero resumen todas las que pueden existir.

San Juan nos alerta con un laconismo, lleno de luz: «Y *el mundo pasa y también sus concupiscencias*». Contra los engaños de un mundo orgulloso la voz de alerta está dada: «*El mundo pasa*». Cada uno debe ahondar y convencerse de la fugacidad de ese mundo, para que el «orgullo de la vida» no le engañe presentándole una perennidad false. Cuando el «orgullo de la vida» sea desplazado por la humildad de corazón, se comprenderá con claridad, que esto, que ven nuestros ojos y siente nuestra carne, está destinado ¡i desaparecer, para dar lugar a un mundo nuevo y a una tierra nueva, según el corazón de Dios, donde habitarán eternamente «los que han hecho la Voluntad del Padre». «*El mundo pasa y también sus concupiscencias, pero el que hace la Voluntad del Padre permanece para siempre*».

Mientras este mundo pasa, recojamos el consejo de San Juan: «*No améis el mundo, ni lo que hay en el mundo. Si alguno ama el mundo no está en él la caridad del Padre*». Es cierto; ¿cómo vamos a tener la caridad del Padre, si amamos aquello que rechazó al Hijo? «*Estaba en el mundo y por El fue hecho el mundo, pero el mundo no le conoció*». Ahora podemos comprender en todo su sentido las palabras de Jesús: «*No ruego por el mundo*».

Hay que advertir, que cuando comencemos a liberarnos *totalmente* del espíritu del mundo, empezaremos a sentir la imposibilidad de vivir en este mundo. No se puede conocer esa imposibilidad hasta que en verdad, no se renuncia *totalmente*. Esa renuncia nos coloca en un estado de violencia con nuestros semejantes. Esa violencia no incluye una falta de caridad propiamente dicha, sino que supone una especie de dislocamiento; se vive en el mundo, pero con un espíritu que choca por todas partes con la forma de pensar de aquellos que

están instalados en el mundo. Ese dislocamiento espiritual, como el dislocamiento de un miembro del cuerpo, causa dolor en lo humano. Aquel que quiere vivir totalmente del Espíritu de Dios desearía ser condescendiente con ciertas debilidades de aquellos que todavía viven del espíritu del mundo, pero no puede. He ahí el dislocamiento: querer y no poder; querer en lo humano; no poder porque el Espíritu de Dios, del que vive, no le permite condescender con aquello que es propio del espíritu del mundo.

Esta constante violencia no podrá ser comprendida, sino por aquellos que han renunciado de verdad totalmente al espíritu del mundo. Y ese «totalmente» es muy importante para que esa experiencia sea perfecta. Porque puede renunciar a ciertos aspectos del espíritu del mundo, y al mismo tiempo vivir de ese espíritu bajo otros aspectos. Podemos decir que la señal de ese renunciamiento *total*, se encuentra en esa impresión de imposibilidad, para vivir en el mundo. Aquellos que no hayan tenido esta experiencia dolorosa, es porque no han renunciado *totalmente* al espíritu del mundo, todavía éste lucha con el alma por permanecer en ella. Porque cuando ese espíritu se ha expulsado *totalmente* y se vive *solamente* del Espíritu de Dios, se adquiere aquella libertad perfecta, que no encuentra obstáculos para vivir aún en este mundo, inaugurando ya en su alma el reino de Dios.

El que quiere vivir en este mundo apreciado por él, y no quiera adaptarse a lo que ese espíritu exige, ese vive en una contradicción: Quiere ser amado por «alguien» a quien él no ama. Esta es una renuncia egoísta, porque se ha renunciado al mundo externo, reservándose los aprecio que ese mundo puede darle. Esos viven en una constante inquietud por temor de perder ese aprecio, y al mismo tiempo no quieren contemporizar con él. (Estos están en el «camino de conveniencia», una posición falsa, que no puede permanecer).

No hablemos de los que viven esclavizados totalmente al espíritu del mundo, en ellos no existe la paz. Porque no vale entregarse a ese espíritu de una vez por todas; sus exigencias siempre son mayores, pues en el fondo existe la intranquilidad de un espíritu que se mueve en constante renovación para poder mantenerse, ya que es el error y la mentira.

¿Cómo afrontar a fondo una verdadera purificación del espíritu del mundo para devolver la libertad a las almas? Es cierto que esos generosos intentos de perfección, para cortar de raíz los contactos con el espíritu del mundo, pueden provenir de una voluntad decidida de unirse al espíritu de Dios. La vanidad de verse libres de ciertas lacras, que reconocemos tales, precisamente por una gracia. Pero esa gracia no ha penetrado tanto como para hacer desaparecer no sólo las lacras, sino la vanidad de ser mejores.

Existe un camino más humilde y más práctico: Crear en nuestra alma, con la oración y confianza en Dios, una actitud de disponibilidad. Reconocer las ataduras que nos unen aún al espíritu del mundo, y pedirle a Dios que venga a cortarlas. Todo eso importa una seriedad en la vida: Esa seriedad la da esa espera de que El un día llegará a nuestras almas para romper esas ataduras, creando en nosotros una actitud completamente opuesta: *«Aquel que beba de esta agua, volverá a tener sed, pero el que bebiere del agua que yo le daré, no volverá a tener sed»*, es la verdadera purificación que sólo El puede efectuar. Al romper en nosotros las ataduras del espíritu del mundo, El crea en nosotros una incapacidad para gustar las cosas del mundo. Esta transformación es un verdadero «don de Dios». Esto es algo incomprendible para aquél que aún sigue atado al espíritu del mundo en una u otra forma. Ese «don» Dios lo concede a aquel que se lo pide y se dispone *sinceramente* a recibirlo. Ese «don de Dios», en un principio, no requiere santidad — ésta es consecuencia de

aquél – , sino humildad. Humildad en el reconocimiento de nuestra impotencia, para llevar a efecto una tal purificación, y después ser fieles a las continuas inspiraciones de la gracia.

Existe un aspecto doloroso en es la purificación: El alma que haya recibido ese «don de Dios», sentirá en torno suyo la soledad, porque los seres que le rodean siguen atados al espíritu del mundo; no viven de ese «manantial secreto», que la gracia, el «don de Dios», ha hecho brotar en su alma. Una soledad semejante a la de Jesús en medio de los hombres. Estos se movían, incluso los Apóstoles, en torno a Jesús, con unas miras mezquinas, mientras que El estaba absorto en la Voluntad del Padre. La soledad de Jesús en lo humano fue infinita. Así el alma, en la cual Jesús haya «abierto» el manantial de «agua viva» sentirá las consecuencias: El gozo de haber encontrado su centro, y al mismo tiempo la soledad, pues los seres que la rodean no comprenden la razón de su vida. Por tanto no pueden comprender tampoco sus expresiones y se expone siempre a ser mal interpretada. En ella el «don de Dios» ha creado una incapacidad para gozar de otras alegrías, o de otra «agua», que no sea la que brota del manantial secreto que El ha abierto en su corazón; todo lo mira desde El y hacia El.

Es ésta la auténtica purificación del espíritu del mundo, que nos devuelve la perfecta libertad, y que nosotros no lograremos, si no nos disponemos a recibir el «don de Dios» que nos transformará en criaturas nuevas.

«¡Si conocieras el don de Dios!».

VII

LA ESCLAVITUD DEL DINERO

En la lucha del alma para encontrar la libertad, encuentra un fuerte obstáculo dentro del espíritu del mundo, el dinero. El dinero ha sido una invención importada del infierno a este mundo, para poder adueñarse de las almas que viven en él.

Reflexionemos: Antes del «pecado original», Dios había concedido al hombre la exuberancia de un delicioso Paraíso: *«De todos los árboles del Paraíso puedes comer»*, dijo Dios al hombre. Este no tenía ninguna especial preocupación material. Mas después del pecado, entre las varias sanciones, Dios le da ésta: *«Comerás el pan con el sudor de tu rostro»*. El trabajo, después del pecado, lleva el sello del sufrimiento. Esas dos palabras, «con sudor», encierran el cambio que ha sufrido el sentido del trabajo. Antes del pecado el trabajo existía como entretenimiento, nunca como carga oprimiente. Después del pecado, el trabajo «con sudor», además de castigo o penitencia podía ser un medio de redención relativa, ya que la Redención absoluta, vendría al hombre por medio de Cristo. Con el trabajo el hombre se daba cuenta de que estaba saldando una culpa con su Creador .

Hemos de hacer notar que Dios al sacar al hombre del Paraíso del Edén lo hizo por amor, para salvar al hombre de que hiciera eterno su mal – esto es indudable después que Dios nos dio a su Hijo para salvarnos y con El todas las cosas – *«He aquí al hombre hecho como uno de nosotros, conocedor del bien y del mal; que no vaya ahora a tender su mano al árbol de la vida, y comiendo de él viva para siempre. Y le*

arrojó Yahvé Dios del Jardín del Edén a labrar la tierra de que había sido tomada». Aquel «Jardín de Edén» era «lugar de eternidad», donde estaba el «árbol de la vida» – era un estado que le daría la inmortalidad del cuerpo, como la tenía del alma – . Dios introduce al hombre en el «tiempo» para que, haciendo penitencia y con la muerte sea purificado de esa acción del espíritu del mal y redimido de sus pecados (recibiendo al Redentor) pudiera retornar a ese estado de «eternidad», que es la unión con su Creador.

El trabajo no era solamente el medio para vivir; en la conciencia culpable y arrepentida del primer hombre había un gozo misterioso en el mismo trabajo, realizado «con sudor»; algo semejante al gozo de las almas del purgatorio, que comprenden cómo la Justicia de Dios se realiza en ellas expiando las faltas cometidas, y aman esa Justicia amorosa de su Creador. Pero al irse alejando el hombre más y más de Dios, se rebela contra El bajo dos formas: O negando que El existe, o concibiendo a Dios como un tirano que se goza de nuestro dolor. ¿Cómo es posible este concepto de Dios? No existe, en el fondo más que esta razón: El pecado, *negación de la justicia*, se ha ahondado más en el ser humano y atribuye injustamente a Dios realidades dolorosas, de las cuales el hombre con su libertad es responsable. Esa profundidad en el pecado, lejanía de Dios, no permite al hombre ver con claridad el sentido del trabajo doloroso.

El empeño del demonio ha calado más profundo en su deseo de alejar al hombre más de Dios después de su caída. Dios puso al hombre en la obligación del trabajo «con sudor», para mantener una existencia en esta tierra que antes se la había regalado: *«Ahí os doy cuantas hierbas de semilla hay sobre la haz de la tierra toda, y cuantos árboles producen fruto de simiente, para que todos os sirvan de alimento».*

Pero en ese trabajo, además de ser necesario para vivir,

había una especie de satisfacción por un orden quebrantado; el hombre si llega a comprender este aspecto reparador, hubiera podido purificarse mejor, para recibir más tarde al verdadero Reparador de la Justicia divina: Jesús. Pero el demonio puso un elemento entre la subsistencia del hombre y su trabajo: el dinero.. Dios no creó el dinero para el hombre, ni siquiera después de su caída. El dinero es una invención total y absoluta del demonio. ¿Cómo se podría demostrar esto? Es cierto que el dinero es una realidad manejada por los hombres, pero su inventor es otro; así como los juguetes son algo infantil, pero los niños no fabrican los juguetes, sino otra persona mayor que conoce las tendencias de los niños. También en los hombres, después del pecado, existe una tendencia: La tendencia de alejarse de Dios; aunque también existe la tendencia contraria: La nostalgia y el deseo semi-inconsciente de recuperar el Dios perdido por el pecado. La primera tendencia, alejarse de Dios, fue un triunfo conseguido por el demonio con el pecado del primer hombre; la segunda, la nostalgia de Dios, significaba para el demonio un peligro. Para satisfacer esas dos tendencias, y sentirse más seguro de la posesión del hombre, inventó un dios-substituto: El dinero.

¿Por qué vamos a meter al demonio en una realidad tan humana, como es el dinero? Porque es él, no el hombre, el que tiene un verdadero conocimiento del mal. Este, aún después de su caída, no desea el mal sino bajo el aspecto del bien. El demonio que es la «personificación» del mal (todo lo contrario al QUERER de Dios), no puede presentarse al hombre, para que le ame eligiéndole en lugar de su Creador, pues le aborrece. Y entonces ha buscado sensibilizarse, presentándose a los hombres bajo el aspecto de un bien; para ello inventó el dinero. Este cumple una doble misión. Hacer olvidar el verdadero y único bien, Dios, y hacer olvidar el verdadero mal, el demonio, pues el dinero aparece como un

bien necesario. Si Dios tomó una forma para aproximarse a los hombres sin deslumbrarles, el demonio, para no atemorizar con su maldad a los hombres y atraerlos a sí, se escondió bajo la forma del dinero.

Hemos dicho que después del pecado, además de la necesidad de trabajo «con sudor» para subsistir, éste tenía un valor relativo de reparación. Habiendo el demonio metido el dinero entre el trabajo y la manutención, los hombres ya no tendrían que trabajar para alimentarse solamente; hay un estado espiritual intermedio: Tienen que trabajar para ganar el dinero, y éste se convierte en el centro de su trabajo, pues piensan que es él quien les dará la felicidad ansiada. El trabajo, que había sido puesto por Dios como un medio de reparación, ha sido profanado. Ninguna caricatura podía haber escogido el demonio mejor, para hacerse desear de los hombres, que ésta del dinero; ha conmovido la existencia misma del hombre. Aquel, cuyo trabajo no sea remunerado con dinero, no puede vivir. El demonio ha convencido totalmente a los hombres de que el dinero es tan necesario para la vida como el aire que se respira; así ése se convierte en el centro de todas sus aspiraciones. El trabajo ha cesado de ser algo sagrado, impuesto por Dios para reparar una culpa, y se ha convertido en un culto al dinero, ídolo inventado por el demonio. El estado de inseguridad llevaría al hombre a recurrir constantemente a Dios, pero con la invención del dinero es a la consecución de éste a lo que se dirigen todos los esfuerzos, pues él proporciona una aparente seguridad. ¿Qué tiene esto de malo? ¿No es justo que exista en el mundo un valor de intercambio y convivencias sociales? La pregunta es demasiado sincera, para que no reconozcamos en ella su relativo valor. Y la respuesta, desde un plano meramente natural, no es tan fácil. Hay que hacer un esfuerzo gigante para desembarazarnos de nuestros usos, costumbres y como-

didades, a fin de ver toda la trama, tejida maravillosamente por el enemigo del hombre; con la particularidad de que él no se deja descubrir tan fácilmente, haciendo que los hombres atribuyan a Dios cosas que son intentadas por él.

La pregunta que nos hemos hecho es la siguiente: ¿No es justo que exista en el mundo un valor de intercambio y convivencias sociales? Hay que distinguir: Si el hombre está hecho para vivir en este mundo lo más cómodamente que le sea posible, no hay duda que debe existir un «valor-base», internacional, que le sirva como una especie de salvoconducto para hacer lo que desee en todos los países del mundo. Pero si el hombre está hecho *esencialmente para Dios*, entonces debe alejar de sí, lo más que pueda, todo aquello que sea un obstáculo para conseguir su fin. Pero se puede insistir todavía: ¿Por qué se va a oponer el dinero en nuestro camino hacia Dios? ¿No ha habido santos que han vivido en medio de riquezas? Nuestra soberbia, bautizada con un cristianismo superficial, pretende saber más que el mismo Cristo. Y las palabras de El son demasiado claras para pretender engañarse: «*Nadie puede servir a dos señores; nadie puede servir a Dios y a las riquezas*». El «señor» que se esconde en las «riquezas» es el demonio. Y aquellos que sirven al dinero, no pueden justificarse porque haya habido santos, que viviendo «oficialmente», en medio de riquezas, sus corazones estaban completamente desprendidos de ellas; el que pretenda conciliar ambas cosas, es porque se ha decidido inconscientemente a servir a las riquezas: «*Nadie puede servir a dos señores*». El joven rico del Evangelio fue más sincero que muchos cristianos, que pretenden conciliar ambas cosas; el joven rico se apartó de Jesús, para seguir cultivando sus riquezas.

Hemos dicho anteriormente que el dinero proporciona al individuo una relativa seguridad. ¿Esa seguridad material es querida por Dios? Lo que vamos a decir parecerá una locura,

pero entre lo que los hombres juzgan locura y Dios existe una gran proximidad. Lo decía San Pablo: «*Lo que los hombres juzgan locura es sabiduría para Dios*».

Después del pecado el hombre tuvo que sentir un desamparo interior semejante al de Cristo en la cruz. No en vano Cristo estaba pagando a la justicia divina la pena del pecado del hombre. .Por eso aquel desamparo que debía enrumbar al hombre a pedir el auxilio del Dios ultrajado mantendría ese contacto entre el Creador y la criatura. Ahora podemos comprender mejor las palabras de Jesús en la Cruz: «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*». – No olvidemos que en la cruz estaba siendo crucificado el «hombre viejo» de la humanidad – . El desamparo era algo así como la gracia al revés; lo que la gracia hacía positivamente antes del pecado, mantener la unión con Dios, el desamparo después lo hace negativamente creando en el alma una necesidad de Dios; esto era algo así como una gracia negra. Esta situación llevaba consigo una inseguridad dolorosa, es cierto, pero jamás le haría olvidar su culpa y trataría de esperar con todas las ansias a Aquel que había de venir. El hombre no aceptó esta inseguridad purificadora («*El Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza*») y por insinuación del demonio trata de construir en este mundo un paraíso semejante a aquel del cual fue expulsado. Teniendo esta seguridad en el mundo, el hombre cesa de ver la necesidad de recurrir a Dios, ni esperar a ningún Redentor, que le libre de una culpa que se aleja más y más en el recuerdo de la historia.

Muchas cosas contribuyeron a conferir al hombre esa seguridad intrahumana; una de ellas, y Sno de menor importancia fue y es el dinero. El pavor del hombre a la inseguridad no puede vencerse, sino con una fe viva y operante en el amor de un Dios, Padre y Providente. Las palabras de Jesús en las que nos aconseja la confianza en la bondad del Padre, no

pueden ser comprendidas en todo su vigor, hasta que no nos hayamos despojado de ese «hombre viejo», que llevamos incrustado en lo más profundo de nuestro ser. «Las aves y los lirios», alimentados y adornados por las manos cariñosas del Padre, le parecen a ese «hombre viejo», que llevamos dentro, pura poesía, pero sin ninguna resonancia en la vida práctica. Y sin embargo, las palabras de Jesús son ciertas: *«Aquel que deje padre y madre, hermanos... tendrá el ciento por uno en esta vida, y después la vida eterna»*. A los seguidores de Jesús no les faltará nada, pero no les quitará la inseguridad: *«No va a ser el discípulo de mejor condición que el Maestro»*ⁿ, se podría decir aquí también. Y la situación del Maestro fue descrita por El mismo: *«Las zorras tienen guarida, las aves tienen sus nidos, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza»*. Es más santificador confesar incapacidad natural para seguir lo más entrañable del Evangelio, que confesarnos sus seguidores, cuando en realidad ignoramos lo más elemental de sus exigencias. Entonces, ¿quién podrá seguir sinceramente el Evangelio? Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios. Lo que hace falta es confesar nuestra incapacidad e invocar la ayuda de la gracia divina. Pues ciertamente este es el aspecto del Evangelio que permanece aún más ignorado: La inseguridad que lleva consigo un desprendimiento total de las riquezas. De suyo esto es imposible sin una gracia que impulse hacia un Padre que es AMOR. No quiere decir esto que no se tenga que trabajar, *«porque las aves del cielo no trabajan»*, y existe un Padre providente que mire por nuestras necesidades. Esto sería un nuevo engaño del «enemigo». Las aves del cielo no tienen que reparar una culpa como el hombre; y un modo de reparar es el trabajo. Pero por otra parte, ni el trabajo, ni mucho menos el dinero, deben constituir nuestra seguridad. Porque entonces nuestra confianza estaría en el trabajo por sí

mismo; y lo que fue un medio de reparación se convertiría en un ídolo: Lo esperaríamos *todo* del trabajo. Y cuando se llegue a una edad en que no se puede trabajar, ¿en qué pondríamos nuestra confianza? Por tanto, ni en el dinero – pues es una invención del demonio –, ni en el trabajo – pues es un medio solamente de reparación – se debe poner la confianza. Nuestra confianza se debe poner en Dios, que nos creó. Esto no se opone a la inseguridad de que hablamos antes: es inseguridad humana, pues no sabemos, ni podemos contar con nada concreto; pero al mismo tiempo es seguridad, porque dependemos del Omnipotente. Ahora bien, para contar con esta seguridad de parte de Dios, tenemos que vivir conforme a sus leyes: una de ellas es el trabajo, éste puede ser material o espiritual – es su divina Voluntad la que designará ese trabajo que nos purificará –, y sobre todo el amor de Dios, que nos impuso *amorosamente* lo que exigía la justicia de un orden quebrantado. Y así como Dios alimenta a las aves que cantan, así también alimentará a los hombres que trabajan y aman. Esta es la seguridad prometida por Jesús; el que la consiga ha logrado libertar su alma de la esclavitud del dinero, y vivir en la verdadera libertad de los hijos de Dios.

Aquellos que se encuentran bajo la esclavitud del dinero se verán envueltos en una lucha implacable y constante, porque existen otros que buscan la misma realidad; donde los intereses de unos chocan con los intereses de otros. He aquí el dinero trayendo entre los hombres algo que es propio del infierno, el odio. Esta sería una razón más para probar cómo el dinero es una invención exclusiva del demonio.

El dinero no tiene más valor que el representativo de otra realidad: La propiedad. La propiedad es otro de tantos lazos en el cual ha caído el hombre en su orgullo, deseoso de establecerse confortablemente en este mundo. ¿Es que no es lícita la propiedad, fruto de un trabajo honrado? En términos

puros, no. El único propietario es Dios, pues de El es, no solamente lo que poseemos, sino las facultades con las cuales hemos trabajado. Sentir profundamente esta expropiación radical, es colocarse el hombre en el vacío de una humildad semejante a aquella de la cual le sacó Dios: La *nada*. Sentir que sus facultades naturales son un don de Dios, y vivir en ese convencimiento; es el sentido exacto de una criatura racional en gracia. Todo lo que se aparte de esto, es obra del orgullo humano, que como el demonio, pretende apropiarse de cosas que no son suyas.

He aquí por qué la propiedad, en un sentido puro y profundo; es un robo hecho a Dios. Se habla de que el hombre es un administrador de Dios, pero en la práctica se vive con todos los derechos de reclamo de un auténtico propietario.

Una mirada profunda que haya alcanzado a ver las exigencias de esta verdadera expropiación se hará esta pregunta: Entonces, ¿cómo se puede vivir en este mundo, si la propiedad alcanzada con legítimos medios se vuelve ilegítima? Es preciso sentir profundamente estas dificultades, para ver qué lejos ha caído el hombre, y sentirse extraño en un mundo que ha sido usurpado por el demonio, y que éste intenta que los hombres participen en ese robo, haciéndoles creer que son «propietarios absolutos» del mundo.

Pero no es asunto de términos jurídicos, solamente aquel que *sienta y viva que* lo suyo no le pertenece, sino que es simple administrador de Aquel, al cual el Padre sujetó todas las cosas, ese tal estará dispuesto a hacer todo aquello que le pida su Propietario. Porque tanto la propiedad privada como la común llevan esta consecuencia gravísima: impiden escuchar a Dios, el interés se encentra en defender los intereses propios, y se olvida en parte o totalmente los intereses de Dios. Más aún, como no se quiere renunciar a los intereses propios, se llega a la autosugestión de creer que los

intereses propios son los «intereses» de Dios. El reconocer este engaño, en el que se ha vivido con más o menos rectitud, es obra de la gracia y de la humildad.

Una de las dificultades que el demonio puede sugerirnos es ésta: El pensamiento de cómo se ha de desarrollar nuestra vida en el futuro. Si hemos vivido equivocados, ¿cómo va a ser nuestra vida en el porvenir? Y como Dios puede ser que no nos haga conocer el futuro, en el mismo momento en el que nos hace ver el error de nuestro pasado, de ahí que nos neguemos a reconocerlo. La naturaleza humana tiene horror al vacío; negar el pasado sin tener un futuro cierto, no es posible al orgullo humano. Este pretende una seguridad, de ahí que se agarre al pasado y al presente, aunque esto sea un error, y tratará de justificarse convenciéndose de que lo contrario es una temeridad. Conclusión: Según el orgullo, sus intereses son la única verdad práctica.

Contra el orgullo que ha dividido el mundo en compartimientos de propiedad privada o nacional, no hay más que la humildad y la fe para reconocer a Aquel que es su verdadero propietario por naturaleza y por conquista: Jesús. *«Porque en El fueron creadas todas las casas del cielo y de la tierra, las visibles y las invisibles, los tronos, las dominaciones, los principados, las potestades; todo fue creado por El y para El. El es antes que todo, y todo subsiste en El. El es la cabeza del Cuerpo de la Iglesia, El es el principio, el primogénito de los muertos, para que tenga la primacía sobre todas las cosas. Y plugo al Padre que en El habitase toda la plenitud y por El reconciliar todas las cosas en El, pacificando con la sangre de su cruz, así las de la tierra como las del cielo».*

Cuando estas palabras de San Pablo dejen de ser una bella teoría solamente, para convertirse en viva práctica, comprenderemos que toda propiedad es una especie de sacrilegio, un robo hecho a Aquel a quien pertenecen todas las cosas, tanto

«las del cielo como las de la tierra», «porque en El fueron creadas»; y además «por El fueron reconciliadas, purificando por la sangre de su cruz todas las cosas, así las del ciclo, como las de la tierra».

Alguno puede pensar: Si las cosas de la tierra fueron *«creadas en Cristo»* y las purificó con su sangre, ¿cómo aún siguen perteneciendo a los hombres? La pregunta está hecha con realismo. La respuesta no puede ser comprendida, si ese realismo material no logra ver el realismo de la fe: Las cosas de la tierra están en manos de los hombres hasta que sea completado el número de los elegidos, cuyo Primogénito es Jesús. *«Porque el continuo anhelar de las criaturas, ansia la manifestación de los hijos de Dios, pues las criaturas están sujetas a la vanidad, no de grado-sino por razón de quien las sujeta, con la esperanza de que también ellas serán liberadas de la corrupción, para participar en la libertad de los hijos de Dios. Pues sabemos que la creación entera hasta ahora gime, siente dolores de parto».*

Este estado violento de la creación, descrito luminosamente por San Pablo se debe a que ella *«está sujeta a la vanidad, no de grado, sino por razón de quien la sujeta, y anhela la manifestación de los hijos de Dios»*, cuyo Primogénito es Jesús. Y hasta que ese número de almas no tengan la libertad de los hijos de Dios, no se realizará la *«manifestación anhelada»*, y las cosas de la tierra seguirán *«sujetas a la vanidad»*.

Difícil en este estado de cosas comprender las palabras de Dios a su Pueblo Elegido: *«Las tierras no las venderéis a propiedad, porque la tierra es mía, vosotros sois en lo mío peregrinos y extranjeros».*

En una nueva fase de regeneración habría que modificar profundamente la actividad del hombre. Este se encuentra

oprimido por el orgullo y la materia. De ahí que haya en él una tendencia absorbente, para percibir con preferencia los valores materiales a los espirituales. No es que ese progreso material sea ilícito, sino que en su limitación de ser humano, ha ido en detrimento del progreso moral y espiritual. Así, vemos al hombre manejar los valores materiales con una despiadada crueldad, faltando a los principios más elementales de la justicia: La materia le ha vuelto ciego para ver al prójimo; la materia aísla, sólo el amor es principio de unidad.

El primordial trabajo que el hombre debería imponerse sería librarse de la materia, llegando a comprender que ésta no tiene la importancia que él le da, y que cuando el espíritu no la maneja con delicadeza, es fuente de tinieblas y de embrutecimiento. Debe ponerse en contacto con Dios, el supremo Espíritu, que creó todas las cosas y les dio un orden, que la libertad del hombre ha trastornado; ponerse en contacto con El, que es luz, es estar dispuesto a arrojar las tinieblas que el orgullo y la materia han colocado en su alma. Enfrentarse con ellas y aniquilarlas, colaborando con la gracia, es «volver a nacer». Es el «renacimiento» de que ha hablado Jesús a Nicodemo. Esto incluiría un retraso en lo material, así como un niño no se preocupa de los progresos materiales, así también en ese «renacimiento» misterioso el hombre no les daría más importancia. En ese primer trabajo regenerador la principal actividad sería la contemplación: ¿Quién es Dios? ¿Quién soy yo...? ¿Qué valor tiene la materia que me oprime...? Sólo cuando el hombre se haya liberado de las cadenas de la materia, habrá dado un paso hacia su libertad verdadera y podrá liberar la materia de la acción del «Mal», sublimándola.

Es la limitación del ser humano, lo que impone que el progreso material sea posterior y menor, conforme se progresa en el espíritu. De lo contrario no existe tal progreso, sino el

peligro de retornar a la barbarie y a la destrucción de grandes masas humanas. La materia tiende a la descomposición y a la muerte; lo mismo aquellos que la *supervaloran*. Sólo el Espíritu es vivificante, y si el hombre se hace uno con El vivirá y transmitirá esa vida nueva a la materia que le está sujeta.

VIII

LIBERTAD Y AUTORIDAD

Dios creó al hombre completamente libre, dándole el dominio de toda la creación. Sería interesante conocer la forma de gobierno que hubiera tenido el hombre, si éste no hubiera pecado. Lo más probable sería que cada hombre tendría una dependencia directa de Dios, y por El sería gobernado. El dominio que le había entregado debía ser un dominio amoroso sobre los seres infrahumanos; jamás ese dominio se extendería hacia otro semejante suyo: El hombre es propiedad exclusiva de Dios. Esta sería la forma pura de gobierno, si el hombre no hubiera sufrido el desequilibrio moral causado por el pecado.

El hombre utilizó mal su libertad. Rechazó la tutela de Dios y con el desequilibrio de sus pasiones llegó a profanar lo más sagrado que Dios había concedido al ser humano: La libertad. El hombre no se contentó con dominar a los seres inferiores a él; su principal deseo fue dominar a los demás hombres. Este dominio, exacerbado por el demonio, dio lugar a otra esclavitud: millares de seres humanos son esclavos de una élite, que ha logrado imponerse a los demás. Esa esclavitud se ha universalizado hoy más que nunca, de tal forma que la inmensa mayoría de los hombres viven bajo ella sin darse cuenta. Para justificar esta esclavitud, se dice que es un «control de la libertad», ya sea teniendo presente el orden económico de los pueblos, ya el bien espiritual de los hombres.

El Evangelio habla repetidamente de la autoridad. Ahora bien, si ésta no está totalmente compenetrada de *todo* el Evangelio, en seguida surgirá en esa autoridad el deseo de dominar.

La autoridad, en cualquier orden que sea, que no pretenda imponerse a los súbditos, sino que respete la libertad de éstos, es la autoridad que más se asemeja a la forma de gobernar Dios a los hombres. Hay que reconocer que para ello se necesita una gracia muy grande. Porque la maldad y el libertinaje parecen exigir urgentemente que la autoridad se imponga de una forma dictatorial. Y esa maldad es la justificación aparente, para que en la autoridad se despierte un deseo innato de dominar; deseo que también es una consecuencia del pecado, y sólo espera la ocasión para manifestarse.

Por lo tanto, la autoridad antes de dominar a los demás, tiene que dominarse a sí misma, estando *sujeta a Dios*. Este, que tiene perfecto dominio sobre Sí mismo rige perfectamente a los hombres, y jamás les quita la libertad. El primer deber de la autoridad humana es imitar a Dios; cosa que no podrá realizar si no está identificado con su VOLUNTAD, para llegar a comprender lo divinamente intangible de la libertad humana.

La autoridad, si respeta la libertad de sus súbditos, tiene que pasar por la humillación de fracasar muchas veces en sus funciones; fracaso aparente, pero que se conforma con el modo de obrar divino. Dios también pasa por la humillación de esos fracasos aparentes, de tal forma que muchos creen que El no existe, y lo han descartado del régimen del mundo. Es que su autoridad divina es humilde y respeta la libertad de los hombres, hasta aquella medida que sólo su Justicia perfectísima conoce. Es plenamente democrático, en cuanto respeta la libertad de sus criaturas. No tiene prisa, tiene una eternidad

por delante para hacer sus cosas.

En cambio, en los regímenes de los hombres el tiempo es limitado, y el deseo desordenado de dejar un nombre en la historia, les impulsa a violentar todo aquello que se opone a sus ambiciones. Sin embargo, mirando el alma de los hombres, también se puede decir que esa autoridad humana tiene por delante una eternidad para ver el éxito de sus cosas.

Para que un gobierno humano se parezca al que Dios tiene sobre los hombres, habría que escoger antes a un hombre puro, que a uno inteligente. Puro, es decir, sin ambiciones de gloria humana, sin intereses personales, un hombre que no se deje engañar por nadie, y sobre todo que no se deje engañar por sí mismo. Debe haber alcanzado aquella libertad interior de la cual hemos hablado. Para conseguir esto necesita estar mirando siempre al modelo: Dios. Desde el momento que él se crea capaz, por su pureza, de gobernar y piense que no necesita de Dios, ya está manchando esa pureza; y de ese gobernante «puro» surgirá un dictador. De esto se deduce que la humildad es la virtud fundamental de un gobernante, según el Corazón de Dios. Ella le hará ver las faltas de los súbditos con la misma comprensión, profundamente amorosa, con que las ve Dios. Una humildad también en sus proyectos; ningún gobernante debería trazar planes que aniquilen la libertad de otros. Este modo de proceder es poco práctico y ata las manos de la autoridad. Pero no debemos olvidar, que ese es precisamente el proceder de Dios, modelo en la forma de regir.

El que mire el desarrollo de la historia, según el modo de pensar humano, verá que las obras de Dios tienen un matiz de fracaso aparente. Pero es que el pensamiento humano desconoce prácticamente el valor sagrado de la libertad. Se habla de ésta con una gran irresponsabilidad, y frecuentemente somos movidos a ello por intereses personales, que necesitan de esa libertad para ser llevados a efecto.

En Dios no sucede así: La libertad humana es algo intangible, de tal forma que El no la supedita a un proyecto suyo, aunque ese proyecto sea en beneficio de los hombres. Tenemos dos ejemplos fundamentales: Dios quiere salvar a los hombres; para ello envía a su Hijo, y estos le rechazan, utilizando su libertad. Lo inmediato del Hijo de Dios parece un fracaso, si se mira desde un punto de vista humano. Pero es que éste no tiene en cuenta la inviolabilidad de la libertad humana, no sabe apreciar ésta en toda su grandeza. Por lo tanto, hay que decir de una forma más exacta: Si el Hijo de Dios murió en una cruz, no fue porque fracasaron sus proyectos de salvación, puesto que ésta se realizó bajo la forma de Redención; lo que fracasó fue la libertad humana, no aceptando al Hijo de Dios y al mismo tiempo escogiendo una REDENCIÓN dolorosa: *«El mismo hambre que yo venía a liberar debía elegir la «forma» de su liberación, que la Justicia de mi Padre dejaba a su libre albedrío. El hombre eligió el sacrificio de la cruz y por eso nadie, absolutamente nadie puede salvarse sin pasar por ella. La cruz no ha sido invención mía, no ha sido un Decreto de mi Padre; el mismo hombre lo quiso y lo dispuso así».*

El otro hecho fundamental en que parece fracasar Dios, es el pecado del primer hombre. Ya hemos dicho que no fue un fracaso de Dios, sino el fracaso de una libertad mal usada.

Todo esto nos lleva a una conclusión: El gobernante que imitando a Dios, respete la libertad de los súbditos, tiene que contar con el fracaso en cualquier proyecto que haga, por muy maravilloso que sea. Se puede objetar: Si el gobernante debe respetar la libertad de los súbditos, ¿cuál debe ser su comportamiento en el caso de que abusen de esa libertad? Teniendo presente todo lo que hemos dicho, la respuesta no será muy fácil de realizar, pero podremos comprenderla. Hay que tener presente que Dios no restringe la libertad de sus criaturas,

cuando éstas abusan de ella; y que aún en los condenados en el infierno no les quita en lo más mínimo su libertad: odian a Dios con una libertad misteriosa. Y lo que no hace Dios – restringir la libertad –, ¿lo debe hacer la autoridad humana? El orden social, el bien común parece que nos induce a una respuesta afirmativa, pero el ejemplo de la forma de actuar de Dios, nos dice todo lo contrario. Dado que la forma de actuar de Dios es la perfecta, habría que, decir que la autoridad, *tal corno se ejercita*, es una invención del «enemigo», en colaboración con el hombre. Después que pecó éste, el «enemigo» ha utilizado la autoridad humana como un freno, para que los hombres se sientan seguros en este mundo. De no existir tal forma de autoridad, la vida humana sería insostenible, y los hombres en su inseguridad buscarían a Dios incesantemente. Pero esto no lo quiere, el «enemigo», y coloca una autoridad humana, que es una caricatura de la suprema Autoridad. Suprime esas libertades, que pueden destruir el orden social, con lo que quedan protegidos en esa lejanía de Dios. La labor del «enemigo» ha ido progresando de una forma tan fina, que el hombre está convencido, que es un deber ante Dios, no sólo gobernar a los hombres, sino también controlar el bien en todas sus formas. Esto le conviene para realizar sus planes, pues como hemos dicho antes, para hacerse «rey» de la creación no puede hacerlo sino por medio de la libertad del hombre y será él quien ponga en sus manos los reinos de este mundo.

Hay que ser sinceros, nos rebelamos contra estas ideas porque nos colocan en una inseguridad humana total. ¿Quién nos defendería si la autoridad llegase a faltar? La autoridad humana prácticamente ha descartado la necesidad de Dios. Este es un hecho tan voluminoso, que, a fuerza de ser grande, nos impide verlo.

El pueblo hebreo es un ejemplo, en el que se reflejan con

claridad los defectos de todos los pueblos. Hay en toda su historia un deseo de asemejarse a aquellos pueblos que le circundaban, y que fabricaban sus dioses y tenían sus reyes. En cierta ocasión, entusiasmado el pueblo por la victoria de Gedeón contra Madián, le suplicó: «*Reina sobre nosotros, tú, tu hijo y los hijos de tu hijo, pues nos has librado de la mano de Madián*». Y aquel caudillo victorioso tuvo un gesto de sublime humildad, pues conocía cuál era la economía salvadora, que Dios quería para su Pueblo: «*No reinaré yo sobre vosotros, ni reinará tampoco mi hijo, Dios será vuestro Rey*». ¡Digno gesto que nos recuerda la actitud reservada de Jesús, cuando el pueblo saciado por la multiplicación de los panes, quería proclamarle rey!

El pueblo hebreo no es peor que los demás pueblos, pero como tiene de fondo, siempre realidades divinas, sus defectos resaltan más. Como sucede con la vida religiosa, los defectos de un sacerdote, un religioso o una religiosa resaltan más que los de las demás personas. La historia hebrea toma un nuevo rumbo, cuando desea establecer la monarquía: «*Reuniéronse todos los ancianos de Israel y vinieron a Samuel en Rama, y le dijeron: «Tú eres ya viejo, y tus hijos no siguen tus caminos; danos un rey para que nos juzgue como todos los pueblos»*». Desagradó a Samuel que le dijeran: «*Danos un rey que nos juzgue*», y oró ante el Señor; pero el Señor dijo a Samuel: «*Oye la voz de cuanto te piden, pues no es a tí a quien rechazan, sino a mí para que no reine sobre ellos. Como han hecho conmigo desde que los saqué de Egipto hasta ahora, dejándome para irse a servir a otros dioses, así hacen ahora contigo. Escúchalos, pues, pero da testimonio contra ellos y dales a conocer cómo los tratará el rey que reinará sobre ellos*».

Las palabras proféticas de Samuel tuvieron pleno cumplimiento en los perversos reyes, que maltrataron sin misericor-

dia a aquel pueblo, que había rechazado la tutela de Dios.

¿Es esto todo? No. Las consecuencias de esa petición a Samuel culminaron en la apostasía del verdadero Rey, Jesucristo, proclamándose el pueblo adicto al César: «¿A vuestro rey voy a crucificar? Ellos contestaron: *Nosotros no tenemos más rey que al César*». Era el término o consecuencia de aquel deseo que expusieron a Samuel: Querían ser como los demás pueblos. Allí rechazaron a Dios, aquí rechazan a su Hijo, para ser como todos los pueblos sometidos a Roma: «*No tenemos más rey que al César*».

Si antes fue rechazado el Padre y después el Hijo, ahora es rechazado el Espíritu Santo (!): «*Por esto os digo: Todo pecado y blasfemia les será perdonado a los hombres, pero la blasfemia contra el Espíritu Santo no les será perdonada. Quien hablare contra el Hijo del hombre será perdonado; pero quien hablare contra el Espíritu Santo no será perdonado ni en este siglo ni en el venidero*».

«Como han hecho conmigo, dice Dios a Samuel, desde que los saqué de Egipto hasta ahora, para irse a servir a otros dioses, así hacen ahora contigo». Estas palabras cobran un dramatismo escalofriante, que nos revela el abismo a que ha descendido el pueblo mimado por Dios – no nos detengamos concretamente en el pueblo judío, éste representaba a todo el «Pueblo de Dios» (la humanidad) y su actitud de entonces no es diferente a la actitud de los «pueblos» todos, que forman el «Pueblo de Dios» – . «Como han hecho conmigo – podría decir el Padre a Jesús y Este al Espíritu Santo – , desde que los saqué de Egipto hasta ahora, para irse a servir a otros dioses, así hacen ahora contigo», se declaran servidores «del César», y te rechazan a Ti, Rey de reyes.

Había en el pueblo de Israel un afán de ser como los demás pueblos, a pesar de que el amor de Dios le llamaba a ser

distinto. Esa distinción que les había hecho el Amor, se convirtió en una maldición pedida por el mismo pueblo: «*Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos*». Judíos o no judíos, todos los que ponen resistencia al Espíritu de Cristo son hijos de aquellos y sobre ellos se cumple la sentencia pedida por «sus padres»: «*Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos*». Hemos de repetir otra vez: No nos detengamos en el Pueblo Judío solamente. Este pueblo representaba EN TODOS SUS ASPECTOS al «Pueblo de Dios», la humanidad entera, y esa actitud negativa se viene repitiendo en todas las almas que con su *vida falta de je* están negando a Cristo; la actitud positiva la vimos en los primeros Apóstoles de Jesús, y estos eran también judíos. Las almas que, como ellos, se identifican *con la vida del Hijo de Dios*, Cristo, éstas forman la Iglesia de Dios, la Nueva Jerusalén; de la cual son excluidos los malvados, todos aquellos, sin distinción de razas ni de pueblos, que permanezcan en una actitud negativa frente a Dios. «*Porque se ha manifestado la gracia salutífera de Dios a todos los hombres. Enseñándonos a negar la impiedad y los deseos del mundo, para que vivamos sobria, justa y piadosamente en este siglo, con la bienaventurada esperanza en la manifestación gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro, Cristo Jesús, que se entregó por nosotros para rescatarnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celador de buenas obras. He aquí lo que has de decir, exhortando y reprimiendo con todo imperio; que nadie te desprecie*».

El Pueblo Judío no podía ser como los demás pueblos, porque así lo habían decretado los planes misteriosos de Dios, al escogerlo para manifestar en él sus designios a la humanidad; y para darnos su «SELLO» tomó de este pueblo la carne, manifestándose a los hombres en la Persona de Jesús, su Hijo, «*que es la imagen de Dios invisible, primogénito de toda*

criatura». «Pues en Cristo habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente, y estáis llenos de El, que es la cabeza de todo principado y potestad» . He ahí por qué ese pueblo sigue siendo «figura» de nuestra actitud frente a Dios. «No quiero, hermanas, que ignoréis que nuestros padres estuvieron todos bajo la nube, que todos atravesaron el mar, y todos siguieron a Moisés bajo la nube y por el mar; que todos comieron el mismo pan espiritual y todos bebieron la misma bebida espiritual, pues bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo: Pero Dios no se agradó de la mayor parte de ellos, pues fueron postrados en el desierto. Esto fue en figura nuestra, para que no codiciemos lo malo, como lo codiciarán ellos; no os hagáis ídólatras, como algunos de ellos, según está escrito»: «Se sentó el pueblo a comer y beber y se levantaron para danzar». Ni forniquemos, como algunos de ellos fornicaron, cayendo veintitrés mil en un día, Ni tentemos al Señor, como algunos de ellos le tentaron, y perecieron por las serpientes. Ni murmuréis, como algunos de ellos murmuraron, acabando a manos del exterminador.

«Todas estas cosas les sucedieron a ellos en figura, y fueron escritas para amonestarnos a nosotros, para, quienes ha llegado el fin de los tiempos. Así, pues, el que cree estar en pie, mire no caiga; no os ha sobrevenido tentación que no fuera humana, y fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas; antes dispondrá con la tentación el éxito para que podáis resistirla.

«Por lo cual, amados míos, huid de la idolatría».

¡Cuántas veces Dios nos quiere distinguir con sus gracias, liberándonos de pesados yugos humanos y como el pueblo hebreo entonces, sentimos un terror a ser «separados» de los demás hombres. Porque esa distinción crea una soledad, que a veces produce la sensación de lo «anormal». Vivir en esa

soledad es vivir clavado en una cruz: La inconstancia de los individuos y de los pueblos tiende a los cambios, y la VERDAD es inalterable. Esa inconstancia innata en la naturaleza humana, y el deber de permanecer en la Verdad, produce en este mundo esa cruz. Es la CRUZ redentora y si la abrazamos, permaneciendo en ella, seremos redimidos del «MAL», que es el error y la mentira. No es que la Verdad sea en sí misma dolorosa. La Verdad es el Amor y el Bien; el dolor lo produce la inconstancia de nuestra naturaleza, que tiende por momentos, más o menos prolongados, a conformarse con el error del espíritu del mundo.

Esta deserción de Dios por parte del pueblo hebreo es la que existe de una forma más o menos explícita en todos los pueblos de la tierra y en cada alma en particular. Se anhela una seguridad tangible que nos proteja. La autoridad atea es la perfección diabólica de la forma de gobierno. Esa autoridad ha descartado totalmente la intervención de Dios en la vida humana; el hombre está asegurado por ella, siempre que obre y piense según las directrices de esa autoridad. El hombre no tiene necesidad de recurrir a Dios para nada, sus necesidades están «aseguradas» bajo todos los aspectos: seguros de vida, de vejez, de enfermedad, de accidentes, etc., etc. Esa «autoridad» ha hecho todo lo posible por borrar de la mente humana la idea de Dios, para ello le proporciona todo.

El hombre con su libertad ha traído esta «autoridad atea» importada del infierno. Y al decir «autoridad atea» no nos referimos solamente a aquellos que niegan a Dios con sus palabras, sino a toda autoridad que *en la práctica* está negando a Dios, aceptando las inspiraciones que le apartan de una fe verdadera: *viva y operante*. Ya vemos como esta «autoridad atea» está dominando abiertamente en el mundo; cuando ella se haya impuesto sobre la mayor parte de los hombres entonces vendrá el verdadero representante de esa

«autoridad», el hombre de iniquidad, el Anticristo, aquel que será «movido» totalmente por el espíritu de Satanás; éste es el rey que han pedido los hombres rechazando al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Por eso se *«sentará en el templo de Dios y se proclamará Dios a sí mismo»*, como dice San Pablo en su segunda epístola a los Tesalonicenses. Es la Justicia de Dios en la libre elección de sus criaturas.

Para comprender diáfananamente lo que es la autoridad perfecta según el Corazón de Dios, no tenemos mejor modelo que el de Cristo descrito por San Pablo: *«Tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, quien existiendo en la forma de Dios, no reputó codiciable tesoro mantenerse igual a Dios, antes se anonadó, tomando la forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres; y en la condición de hombre se humilló; hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz»*.

En aquella Persona que llamamos Jesús, vemos a Dios que decide y habla; el hombre, la naturaleza humana, no es más que un instrumento, para que el Verbo, la Palabra del Padre, tenga sonido material, y pueda ser escuchada a través de unos oídos de carne. Jesús tiene voluntad y entendimiento humanos; pero ambos están sometidos incondicionalmente al entendimiento y voluntad divinos del Verbo humanado. Más breve: lo humano de Jesús se hizo una ánfora vacía, en la cual se colocó la Luz divina que vino a este mundo. ¿No será eso lo que desea Cristo de la autoridad?, ¿que ella sea como una segunda «humanidad» en la cual El pueda expresarse con la misma libertad, cumpliendo la Voluntad del Padre?

Entonces esa autoridad humana tendría que vaciarse de sí misma, como estaba vacía la humanidad de Jesús, dócil a la Voluntad del Padre ».

El que llegue a comprender esto, verá desplomarse todo el

engranaje de autoridades superpuestas, que ahogan la palabra del Padre. ¿Cómo la Palabra va a hablar si existen otras voces humanas que proceden de intereses distintos a ella? Es como si Jesús, al ir a hablar el Hijo de Dios, otra voz distinta a El dijese otras cosas diversas. Esto sucedería si la voluntad humana de Jesús no hubiese estado identificada con la Voluntad del Padre. Para ello la persona humana de Jesús tuvo que «desaparecer», ese «yo» humano que se opone a las inspiraciones divinas, no existía en El. Fue un completo anonadamiento humano a fin de que la Persona del Hijo de Dios pudiera expresarse libremente. No debía tener ningún interés personal, a fin de servir incondicionalmente a los intereses de Dios, que moraba dentro de El; su voluntad, inteligencia, memoria, etc., todas ellas vacías de pretensiones humanas para albergar en su intimidad al Hijo del Padre. Tan fuerte fue ese anonadamiento, que ni por mi instante le permitió vanagloriarse de ser portador del Verbo.

He aquí el modelo perfecto de lo que debería ser la autoridad; un instrumento vacío, que sirva de soporte para que la Luz siga iluminando a los que están en tinieblas. Para ello necesitaría un contacto íntimo y personal con Dios; porque desde el momento que pierda eso contacto divino surgirán las pretensiones de hacer algo por propia cuenta. El «enemigo» les tentará, como tentó a Jesús, halagando su poder divino, a fin de que convirtiera las piedras en pan. Lo primero que suele sondear el «enemigo» es el orgullo del hombre. Jesús, como era la misma humildad, lo venció perfectamente. Los hombres en cambio no sufren pasar por unos impotentes e inactivos; no quieren esperar el «momento de Dios», que obre en ellos según su voluntad divina, queriendo realizar cosas maravillosas que demuestren su poder y conocimientos ante el mundo. Hay que advertir, que lo de Dios es perfecto, pero no es perfecto para una mirada mundana. La Cruz de Cristo fue una

obra perfecta de amor y de justicia, pero no fue maravillosa para la muchedumbre que la contemplaba, ni aún para aquellos que esperaban un «testimonio» para creer en El como Mesías. Y se podía añadir: En tanto una obra sea maravillosa para el mundo, menos perfecta es para Dios. Porque el mundo aprecia lo que se le asemeja y desprecia lo que disiente de sus principios y valores.

Ante esta situación, *permitida* por Dios, pero querida por el «enemigo» y realizada por los hombres; el súbdito que haya alcanzado la libertad interior, de la cual hemos hablado, no encontrará dificultad en obedecer en todo aquello que no se oponga a su conciencia. Si la perfecta autoridad tiene un modelo en Cristo, también el súbdito tiene el mismo modelo, Cristo, libre hasta en la muerte.

«Por amor del Señor, estad sujetos a toda institución humana; ya al emperador, como soberano; ya a los gobernadores, como delegados suyos para castigo de los malhechores y elogio de los buenos. Tal es la Voluntad de Dios, que, obrando el bien, amordacemos la ignorancia de los hombres insensatos; como libres y no como quien tiene la libertad cual cobertura de la maldad, sino como siervos de Dios».

«Todos han de estar sometidos a las autoridades superiores, pues no hay autoridad sino bajo Dios; y las que hay, por Dios han sido establecidas – es la permisión de Dios, pues si El no les diera el poder, no tendrían esa autoridad; como no podría actuar el mal si Dios no lo permitiese; esto no quiere decir que esa es la forma de autoridad QUERIDA por Dios – , de suerte que quien resiste a la autoridad, resiste a la disposición de Dios, y los que resisten se atraen, sobre sí la condenación. Porque los magistrados no son de temer para los que obran bien, sino para los que obran mal. ¿Quieres vivir sin temor a la autoridad? Haz el bien y tendrás su aprobación, porque es ministro de Dios para el bien. Pero si

haces mal, teme, que no en vano lleva la espada. Es ministro de Dios, vengador para castigo del que obra mal. Es preciso someterse no sólo por temor al castigo, sino por conciencia. Por tanto, pagadles los tributos, que son ministros de Dios ocupados en eso. Pagad a todos lo que debáis; a quien tributo, tributo; a quien aduana, aduana, a quien temor, temor; a quien honor, honor. No estéis en deuda con nadie, sino amaos los unos a los otros, porque quien ama al prójimo ha cumplido la Ley. Pues «no adulterarás, no matarás, no robarás, no codiciarás» y cualquier otro precepto, en esta sentencia se resume: «Amarás al prójimo como a ti mismo». El amor no obra el mal del prójimo, pues el amor es la plenitud de la Ley».

«Hijos, que nadie os extravié; el que practica la justicia es justo, según que El es justo; el que comete pecado, ése es el diablo, pues el diablo desde él principio peca. Y para esto apareció el Hijo de Dios, pura destruir las obras del diablo»:

Y una de esas «obras del diablo» es la autoridad que se opone a Dios, impidiendo las obras del Espíritu Santo. Pero es Dios y no el hombre quien ha de «destruir las obras del diablo».

IX

LA LIBERTAD EN LA VERDADERA JUSTICIA

La libertad es un efecto de la justicia verdadera: Si decimos que un ser ha dominado sus pasiones, ordenándolas, es porque posee la libertad interior; es porque ha expulsado el espíritu del mal y en él reside la justicia: Es un ser justo, luego es libre.

El Señor nos llama a una justicia secreta, que sepa vivir gozosa ante el rostro del Padre, sin mayor preocupación de que sea o no reconocida por los hombres. Porque dentro de una vida justa, no perfecta, puede esconderse el halago de ser la admiración de los hombres. A esa justicia le falta recorrer una última etapa, para recobrar su verdadera libertad: El olvido de los hombres: *«Estad atentos a no hacer vuestra justicia delante de los hombres, para, que os vean; de otra manera no tendréis recompensa ante vuestro Padre, que está en los cielos»*. El hombre puede hacer esto en la medida en que posea la mirada pura de Dios. Una justicia que se complazca en ser contemplada de los hombres, poco a poco desembocará en la injusticia, pues tratará de estar conforme en aquello que los hombres piensan y estiman que es justo. Y como estos viven esclavizados del pecado, de ahí que una justicia que trate de atraer sus miradas, se convierte en injusticia. Sabía muy bien esto el Señor, y *«no tendrá recompensa ninguna ante el Padre»*, pues esa justicia, además de ser efectuada con vanidad – *«delante de los hombres para que os vean»* – terminaría en la injusticia de los espectadores, ante los cuales fue realizada.

A cada individuo no le toca más, que vivir «secretamente», con una justicia, que se aproxime más y más a la justicia de Dios.

Y cuando la injusticia, el pecado de otras criaturas, llame a sus puertas, ¿qué actitud ha de tomar el alma justa? Esta pregunta toca uno de los problemas más difíciles de practicar: El perdón. Pero el perdón profundo, que con la potencia del amor, penetre los abismos del alma reconociendo que ése es ignorante de las ataduras del espíritu del mal, que le esclaviza en el pecado. Ignorancia que es presentada como una excusa ante el Padre: «*Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen*». No se trata de una excusa sin fundamento; es que en la maldad de una criatura, que no sea el demonio o un condenado, existe una ignorancia de la raíz del mal. Conocen solamente la superficie, que muchas veces les es presentada con apariencias de bien: «*Ya sé que por ignorancia habéis hecho esto, como también vuestros príncipes*», decía San Pablo a los judíos hablando de la muerte de Cristo.

Pero el «enemigo», ¿qué ha hecho? Ha convencido a los hombres, que los que perdonan no conocen: «¡Si supieras!» Todo lo contrario de lo hecho por Cristo; *sabiendo* con la mirada infinita del amor de Dios, halló una disculpa en el pecado del hombre, para conseguir el perdón del Padre. Naturalmente, esa excusa parece infundada a aquellos que viven esclavizados por el espíritu del mal, el egoísmo. Jesús era tocio amor, porque era libre y lleno de luz. «*Era la luz verdadera, que, viniendo a este mundo, ilumina a todo hombre*». El amor luminoso de Jesús, al «iluminar a todo hombre», vio que en su maldad había una excusa atenuante:

Era instrumento, sin saberlo, del espíritu del mal. Esta profundidad del amor perdonador, es incapaz de ser aceptada por el egoísmo. El demonio ha hecho ver a los hombres, que el amor es una ingenuidad; que es el odio el que tiene una

mirada mas luminosa de la realidad. Hace ver esto el demonio, porque bajo las tenebrosidades del odio se esconde él; mientras que en la luminosidad del amor él queda descubierto. Mas, como el hombre vive anegado en multitud de tentaciones, fácilmente le convence. Por otra parte, el mundo, reino del demonio, se muestra prepotente con el odio; el triunfo del amor aparece muy frágil. Por eso es desechado; no es suficiente. Y si no, baste contemplar el mundo a fondo: Allí mismo donde se proclama la doctrina del amor, ¿existe en realidad?...

Estas tentaciones pueden sobrecoger al alma recta: ¿Cómo se puede desembarazar de ellas, si por todos lados le oprimen?

Cuando le asalten esas tentaciones, la fe en Jesús tiene que quemar todo aquello que se levante con un valor de experiencia mundana; ésta se encuentra en posesión del enemigo de Jesús, por tanto carece de valor eterno. Es Jesús la forma eterna de todos los elegidos: *«Porque a los que .antes conoció a esos los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo, para que Este sea el Primogénito entre muchos hermanos, y a los que predestinó a esos también llamó, y a los que llamó a esos los justificó, y a los que justificó a esos también los glorificó».*

La gloria eterna se alcanza, si ya en este mundo, combatiendo contra el espíritu del mal, nos vamos conformando por el amor en la imagen del Hijo «Primogénito entre muchos hermanos». A la consecución de esa nueva forma sobrehumana – pues es la forma del Hijo de Dios – no podemos llegar, sin una fe traspasada de amor, o como frecuentemente se dice, una «fe viva». No es posible llegar a esa nueva «forma», si esa fe no vive constantemente: Es como el corazón de esa «nueva criatura». La fe no puede descansar, como no puede descansar el corazón, sin sobrevenir la muerte. No es una metáfora más

o menos admirable; es una realidad: La fe es el corazón de una «nueva criatura», que debe conformarse con la «forma» del Hijo de Dios, «Primogénito entre muchos hermanos». Y la forma del Hijo es el amor; ésta es pues, la forma de todos los que quieran participar en su gloria. Pero no olvidemos que el verdadero amor supone *sacrificio*, ese fue el amor de Jesús a todos los hombres y fue coronado con el Sacrificio de la Cruz para salvarnos: *«Amaos los unos a los otros COMO YO OS HE AMADO»*.

En este mundo dividido por egoísmos, tiene que caminar por las sendas de un amor pronto al sacrificio. Y se puede decir más: Todo otro programa que descuide esta «nueva forma», la forma del amor-sacrificial, no es invención de Dios, sino de los hombres, con un criterio limitado de perfección humana. El programa ante el cual hemos de ser examinados el día del juicio, tiene como base el amor. La justicia de Dios se concentrará en el amor. Los Diez Mandamientos, los Consejos evangélicos, todo, en el día del juicio será valorado en la cantidad de amor quina vivificado lo que hemos realizado. Es preciso que dejemos de divagar y andar por las ramas, y tratemos de conseguir, con todo el empeño, esta realidad salvadora, el amor, que sido tan ultrajado por el egoísmo.

Si el hombre no está dispuesto a aceptar el amor como norma de conducta, líente a la injusticia de una ofensa, tiene que confesar humildemente, que aún no ha alcanzado la meta propuesta por su Maestro. Con esa humilde confesión, ayudado de la gracia, se puede comenzar el verdadero camino. Camino de grandes exigencias, de una sutileza tal, que a veces nos puede dar la impresión de ser insuperables. He aquí una que vale por todas: *«Si vas a presentar tu ofrenda ante el altar y allí recuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti; deja allí tu ofrenda ante el altar, ve primero a reconciliarte*

con tu hermano; y luego vuelve a presentar tu ofrenda». Es preferible decir que nunca lo hemos hecho, y pedir al Señor su gracia coadyuvante, porque sin una gracia especial, nuestro sentido mediocre de la justicia responde a las exigencias del Señor de este modo: Pero, ¿por qué voy a dejar la ofrenda ante el altar? yo no tengo nada contra mi hermano; si él lo tiene contra mí, es él quien no debe hacer la ofrenda antes de venir a reconciliarse conmigo: Y sin embargo, las palabras evangélicas quedan ahí, anunciándonos la buena nueva de una pureza y libertad, semejantes a las de Dios: *«Y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti...»* No es suficiente no haber ofendido al hermano, sino que nuestro amor debe traspasar los límites propios, y liberar al hermano de ese espíritu del mal, que le hace sentirse ofendido por nosotros.

Todas estas consideraciones quedarían un tanto incompletas si no se hiciera una breve alusión a aquello que se ha llamado la «ley del talión»; «ojo por ojo y diente por diente». A un observador superficial le parecerá que aquí se encierra una justicia exacta. Y hay que decir que la inmensa mayoría de las veces se obra así. ¿Por qué? Sencillamente porque no poseemos la verdadera justicia del amor, que, olvidándose de sí mismo, se introduce con un amor dispuesto a la verdadera justicia; es decir, a sondear el alma de nuestro prójimo, que ignorando la acción del espíritu del mal, ha buscado un bien egoísta. En una palabra, esa justicia no ha alcanzado la verdadera libertad, depende del comportamiento del prójimo. No hay que dudarle: La libertad de la verdadera justicia es obra del amor. Toda otra justicia que sea hecha con otra luz, distinta del amor, puede provocar una nueva injusticia. Y la justicia que se ha invocado para establecer un orden quebrantado, puede abrir nuevos abismos, si una de las partes no está dispuesta a intervenir con un amor verdaderamente justo y libre.

Ordinariamente ante la injuria, el hombre suele ser preso de una reacción psicológica, que se llama «resentimiento». Este tiende constantemente a justificarse ante sí mismo; no se puede salir de sus redes; si no se deja intervenir al Amor, el único que da la libertad de la verdadera justicia. Miremos breve, pero profundamente, a Cristo en la Cruz; es reo de una multitud de injusticias, pero su Espíritu permanece libre del resentimiento. Recordemos aquellas palabras del Sermón de la Montaña: *«Habéis oído que fue dicho: «Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo». Pero yo os digo: «Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen».* Y Jesús anuncia con una claridad divina la libertad de la justicia del amor: *«Pues si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también esto los publicanos? Y si saludáis solamente a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también eso los gentiles? Sed, pues, perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial».* San Juan con gran brevedad nos define la perfección de Dios: *«Dios es caridad».* Hacia esa perfección nos llama su Hijo, cuando habiéndonos del amor a los enemigos, nos invita a ser perfectos como lo es el Padre celestial. Pero ¿cómo se manifiesta esa caridad del Padre para poder ser objeto de nuestra imitación? San Juan nos lo dice con una unción sublime: *«En eso está la caridad, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que El nos amó, y envió a su Hijo, víctima por nuestros pecados».* Pero San Juan no se detiene en una simple contemplación estática; deduce inmediatamente una conclusión vital: *«Carísimos, si de esta manera nos amó Dios, también nosotros debemos amarnos unos a otros».* Aquí San Juan nos lanza a un camino más audaz, en la justicia del amor. Nuestro amor para el prójimo que nos ha ofendido, debe adelantarse, porque el modelo que hay que imitar es el de Dios, que nos amó primero a nosotros, enviando a su Hijo,

como propiciación por nuestros pecados. He aquí una justicia incomprensible para los corazones y las mentes esclavizadas por el egoísmo. La justicia del amor se adelantó al ofensor. Esto es incomprensible. Pero contra todo lo que pueda pensar nuestra mente racionalista, sólo hay que presentar un hecho: Dios, que es la infinita justicia ha obrado así: Se adelantó al hombro pecador, que le había ofendido, y le amó de tal forma, que le entregó lo que más quería: Su Hijo amado. Nosotros obraremos así a medida que nos identifiquemos con el Hijo en la Voluntad del Padre, para ser «canales» del Amor de Dios para nuestros semejantes practicando la justicia del amor, que es la verdadera caridad, porque la caridad procede de Dios; ella es «el actuar del amor do Dios».

Si Dios envió a su Hijo no fue por una simple manifestación de su amor, sino por una justicia amorosa. El hombre debía ser salvado, pero era impotente por sí solo. Si Dios quería efectivamente la salvación del hombre, debía darle un medio. Jesús, Dios-Hombre fue el Mediador, medio trazado por la justicia del Padre, para que los hombres consiguiesen la salvación. Esto implicaba en Dios una libertad profunda. El pecado del hombre no fue un impedimento, para que la libertad de la justicia divina dejase de obrar en favor de los hombres.

¿No será a esta perfección a la que nos llama Jesús, cuando hablando del amor de los enemigos, nos dice: «*Sed perfectos, como lo es vuestro Padre celestial*»? El pecado del prójimo no debe ser un impedimento para que nuestro amor salga a su encuentro, «adelantándose», para salvarle de las ataduras del espíritu del mal ya que es importante por sí mismo, pues desconoce a su verdadero enemigo. Si queremos efectivamente su salvación – Dios la quiere – nosotros debemos servir de mediadores, con el amor hasta el sacrificio. Así como Cristo lo hizo por cada uno de nosotros. La luminosidad de nuestro

amor hará que el prójimo descubra a aquel «enemigo», al cual él había servido de instrumento, usando mal su libertad.

Pero el «enemigo», que no duerme, ni descansa en su afán de perder a los hombres, ha descubierto esto y se vale de otras armas para que no sea descubierta su acción: Muchas veces no sabemos cuándo el hermano se siente ofendido por nosotros: Bajo la caricatura de «buena educación» se encubre ese «resentimiento» y éste nunca llega a saberlo, por tanto no puede descubrir al verdadero «enemigo» y liberar con el amor al hermano ofendido. Porque es este precisamente el fin que persigue el «enemigo» al hacer que el otro no obre con sinceridad manifestando su resentimiento; además de permanecer encubierto puede también aprovechar las distintas actitudes de frialdad del «ofendido» para sugerir «ofensas» de éste al «ofensor». De esta manera crea ese espíritu del mal un puente de tinieblas entre los dos hermanos por donde sólo él puede pasar impidiendo la comunicación de estos en la luz, al poner entre ellos las tinieblas que le son propias: La falta de sinceridad entre los hombres es el abismo abierto por las tinieblas para que no puedan conocerse y amarse en la luz de la verdad.

Hemos tratado de la ofensa personal, pero cuando esta se realiza contra un orden social; ¿qué actitud debemos tomar? Ordinariamente se mira al malhechor como un peligro para la sociedad; siempre se le relaciona con algo o con alguien; no se le juzga en sí mismo. Solamente Dios nos juzga en lo que somos. Por tanto, la conclusión es imponente en toda su grandeza y humildad. Solamente Dios sabe en qué grado la maldad es irredimible en el alma de cada hombre. Nosotros solamente vemos los hechos de un malhechor, que amenaza un orden social, pero somos *incapaces* de conocer al malhechor en toda su capacidad redentora. Tan sólo Dios es el que puede decir: ¡Basta!, a una vida humana. Lo que Dios desea

de todos aquellos que componen la sociedad, es su salvación. El salvaguardar el orden social, es un deseo de los hombres, para vivir mejor en este mundo *. Naturalmente que Dios saca su parte de bien de ese orden creado por los hombres; pero en sí mismo ese orden a Dios no le interesa. Cuando un malhechor es juzgado por una acción mala, no se le castiga porque haya ofendido a Dios, sino porque ha quebrantado un orden mundano, que han creado los hombres para vivir mejor en este mundo, y que les mantiene lejos de Dios.

Si Dios, a pesar de las transgresiones de la humanidad, aún la conserva en este mundo, es porque todavía no ha agotado todas las posibilidades de salvación. Así lo dijo Dios a Abraham, cuando le prometió que su descendencia ocuparía aquella tierra: *«A la cuarta generación volverán acá, pues todavía no se han consumado las iniquidades de los amorreos»*. Su justicia es tan perfecta que se llama con un nombre más piadoso: Misericordia.

El hombre ha desligado estos dos atributos que en Dios se identifican: JUSTICIA y MISERICORDIA. Si Dios, a pesar de las transgresiones de toda la humanidad, quebrantando un orden divino, no la juzga todavía, usando con ella de misericordia, ¿cómo el hombre va a juzgar a un solo hombre por haber quebrantado un orden humano? ¿No será porque el hombre, en su lejanía de Dios, se ha apropiado derechos exclusivamente divinos? He ahí la tentación constantemente lanzada por el espíritu del mal y aceptada por los hombres: *«Seréis como Dios...»*

Se impone una confesión humilde: No somos capaces de emitir un juicio sobre los demás, sencillamente porque ignoramos elementos de juicio: *«Sólo Dios juzga»*. Una razón más pura que nuestra justicia sea «secretada» y no trate de invadir un campo que desconoce, pues está más allá de sus fronteras; aquel campo es el «otro», igual a nosotros en cuanto

ser humano, pero distinto en cuanto individuo.

Así se comprende sosegadamente, como la manifestación de la justicia de Dios se prolonga, hasta la humildad de hacer creer a muchos, que esa justicia no existe. Es que Dios conoce y pesa en la balanza de su justicia, no a la humanidad en sí, sino a los individuos uno por uno.

La justicia humana oprime, pero no transforma. Tan sólo la justicia de Dios, pues es amorosa, agota todos los recursos, que puedan encontrar un eco en el hombre. La justicia humana no contempla a un hombre, sino a un «caso», que cae dentro de las leyes penales, elaboradas para salvaguardar un orden social. Se dice que el bien común exige sacrificar el bien particular. Esa salvaguardia se refiere a los intereses materiales, casi siempre; éstos son los que hacen que la justicia humana sea oriente, pero no se ha mirado la regeneración del individuo, que es obra del tiempo, porque depende de su libertad en colaboración con la gracia. La justicia humana es radicalmente impaciente, porque es limitado en el conocimiento y en el amor. Esto último se comprende, pero de ello no se saca las consecuencias hasta el fin. Se llega un momento en que el número de consecuencias, deducidas de una verdad, molestan. ¿A dónde vamos a parar? ¿Cómo se podría vivir en este mundo con estas ideas? He ahí la pregunta que nos descubre la causa de esa repulsa, No se pregunta cómo se podría ir a Dios con esas ideas, sino cómo se podría vivir en este mundo. Y el hombre, ¿fue creado para el «mundo» o para Dios? Cuando los primeros cristianos estaban más desamparados por la justicia humana, conseguían más rápidamente la salvación con el martirio. Pero esa forma violenta de entrar en el reino de Dios, en la gloria, es rechazada por un cristianismo que se siente muy satisfecho en este mundo, amparado por la justicia humana, que defiende sus intereses aquí en la tierra.

El convencimiento de estas ideas es obra de la pureza del

corazón. Cuando el hombre llegue al menosprecio de todo aquello que ama y que retiene su corazón en este mundo, lejos de Dios, empezará a ver con una luz nueva: *«Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios»*. No es posible que el hombre contemple a Dios, si su corazón está apegado a algo que se opone a Este. Porque las criaturas nos llevarán a Dios, en cuanto nuestro corazón esté despegado de ellas, Por tanto, no podremos tener una idea exacta de la justicia, si nuestro corazón no es puro. En el momento que algo turbe esa pureza, la injusticia es una lógica consecuencia. ¿No será esto exigir demasiado a los hombres? No, al hombre no se le exige más que una cosa: Que sea humilde, reconociendo su condición de criatura, y que sin la ayuda de su Creador, él no podrá conseguir la pureza del corazón que le ha de abrir la puerta a la justicia y al conocimiento de Dios. La ayuda de Dios la tiene; falta la cooperación humilde de la criatura. Cuando ella se quite de la mente esas ideas de exaltación humana, incluso con fines «buenos», la ayuda de Dios, la gracia, la sentirá profundamente.

Cuando el hombre llegue al convencimiento de lo que es, será lo que Dios quiere: *«Una sola cosa con El»*; una copia fiel de su Hijo Jesucristo, y serán un hecho en él las palabras de San Pablo: *«Ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí»*.

LA LIBERTAD EN EL AMOR Y LA HUMILDAD

Hemos tratado de encontrar el punto exacto de la verdadera justicia. Y hemos llegado a la conclusión de que solamente una mirada plena de amor puede hacer justicia. Ahora bien, como esa plenitud del amor solamente la posee Dios, de aquí que solamente El tiene el derecho y la facultad de emitir un juicio perfecto sobre los hombres. Las almas en tanto se identifican con el Amor de Dios, tanto más se aproximan a ese juicio perfecto que Este tiene de los hombres.

Aún no lo hemos dicho todo. Existe un aspecto inmensamente profundo del amor, y es su humildad. Se habla frecuentemente de la fuerza poderosa del amor. Mas, ¿cómo se puede conciliar la fuerza potente del amor con su humildad? Es necesario que meditemos lentamente esta pregunta para poder llegar a un abismo, desconocido frecuentemente, de la verdadera justicia. Pues si ésta es imposible sin amor, éste es impracticable sin humildad.

En primer lugar, no podemos comprender ésta si antes no nos elevamos de la experiencia humana del amor, que es como un balbuceo de la experiencia divina. En el amor humano no existe frecuentemente humildad; es un amor orgulloso que trata de imponer a la persona amada su modo de ver egoísta, con pretexto de que es la verdad. Es necesario olvidar nuestras experiencias ordinarias, para poder penetrar en aquella humildad tan inmensa del amor de Dios, que parece que el amor a fuerza de ser humilde ha desaparecido, pues las miradas erguidas de sus criaturas no le ven: ¿Por qué

Dios permite esto o aquello? ¿Por qué nos manda tantos males? Y la conclusión que sacan es que Dios es el autor del mal. Ese es el lenguaje de unas criaturas, que se han levantado orgullosamente para enjuiciar a su Creador. Ese juicio nace del pecado, sordo y ciego para oír y ver el amor infinitamente humilde, tan humilde que si la criatura no es humilde, el amor de Dios se le vuelve imperceptible, hasta tal punto de que le da la sensación de que no existe.

¿Por qué el amor de Dios es así? La respuesta no puede ser más que ésta: Porque es el Amor: El Amor es un salir en busca del ser amado, pero si éste tiene una libertad, el amor no tratará de invadirlo a la fuerza; el Amor en su esencia es humilde y respeta esa libertad. Ese respeto a la libertad del ser amado le puede hacer creer a éste, que no existe amor en Aquel que es esencialmente Amor. Este es un ultraje más o menos consciente al Amor; ultraje que surge de un estado de rebeldía de la criatura contra el auténtico Amor. Ese ultraje no desaparece hasta que el ser amado no retorne a la humildad del Amor, que le ama respetando su libertad.

He aquí por qué el amor perfecto no puede desprenderse ni un instante de la humildad. Es tan poderoso que está dispuesto a humillarse hasta ser juzgado como no existente, porque está seguro de su potente existencia. La humildad no es ficticia, es tan espontánea como los la fulos cíe un corazón robusto; es una humildad segura de que el triunfo es del amor. ¿El tiempo? El amor perfecto no mira el tiempo, sino a la eternidad. El triunfo del amor tiene el rostro vuelto constantemente hacia la eternidad. El tiempo en que se elabora ese triunfo, va vestido del ropaje, de la humildad; el tiempo es la humildad del amor; la eternidad es el esplendor del amor.

No es posible comprender esto en todo su alcance, si no tornamos a la humildad del Amor. Se habla mucho de amor; pero de ese amor fulgurante y artificial, que dura a lo sumo lo

que dura una vida humana. Es un amor temporal, por esto no puede ser humilde. La duración de una existencia humana es relativamente corta; la humildad no tiene sentido en un amor limitado por el tiempo y el espacio. ¿Está dispuesto a que el ser amado juzgue, que no le ama? No, por eso aprovecha el corto tiempo de que dispone para hacer sentir la existencia de su amor. Y en esas manifestaciones de amor, ¡cuántas injusticias contra el ser amado! Es que el amor humano lleva el sello de la fugacidad del tiempo, limitado por el pecado del hombre. Para desprendernos del tiempo y mirar la eternidad, se precisa una lucha ineludible contra todo lo que nos rodea, y tratar de no asirnos a su signo de caducidad, amando las almas más que los cuerpos.

Aún en el aspecto religioso, ciertas virtudes tienen que desaparecer un día; la fe y la esperanza cesarán, sólo el amor tiene la entrada libre en la eternidad. La fe y la esperanza que cesarán un día, cumplen una hermosa misión en este tiempo, sujeto por fuerza al pecado; la fe y la esperanza deben defender al amor de todo aquello que trate de limitarlo a este tiempo. La fe y la esperanza deben orientar al amor siempre hacia la eternidad; allí donde ellas no podrán entrar, el amor recibirá todo su sentido y esplendor.

¿Quién dará, por tanto, al amor humano la humildad propia del verdadero Amor? La fe y la esperanza; estas le dicen que el amor no cesa con la muerte, ni con el tiempo, ni con el mundo. Así al amor humano no le preocupará la caducidad del tiempo; sabe que pervive después de la muerte. Aunque sus amigos o enemigos juzguen que en él no existe amor, no se preocupará por reafirmarlo en el tiempo. En una palabra, su amor se torna humilde como el amor de Dios.

¿Pero es posible que el amor no termine con la muerte? No, es más, el amor tiene su fase más esplendorosa después de la muerte. El amor reside en el alma; al ser removido el obstácu-

lo del cuerpo sujeto al pecado, el amor se torna infatigable, en la medida en que ha superado las fatigas de las sombras producidas por este cuerpo. Porque éste, como materia orgánica que es, no es capaz de sentir «amor», el amor es patrimonio exclusivo del alma, hecha a imagen y semejanza de Dios. Lo que en el cuerpo actúa, mientras el alma vive en él, son los instintos. Jamás se pueden confundir las fuerzas ciegas de los instintos con la fuerza luminosa del amor. La unión íntima del alma con el cuerpo hace confundir cosas totalmente distintas.

La muerte es una liberación, no sólo del alma, sino de aquello que es lo más precioso que en ella reside, el amor. Este no puede manifestarse en toda su potencialidad, mientras el alma vive encadenada en el cuerpo. Porque el amor al encenderse en el alma, repercute en aquél, por la unión íntima que existe entre ambos; y como el cuerpo no puede gozar la realidad del amor en toda su pureza, porque está ligado con el mal, responde a la alegría del amor del alma con los instintos de la carne. Ahora bien, cuando existe una ley divina, que impide el ejercicio de esos instintos, sucede el gran conflicto entre el precepto del amor inalcanzable para lo que exige la carne: Esto es egoísmo, el amor es sacrificio. ¿Cómo el amor puede, dar sin que la carne desee recibir? Es preciso detenerse en este drama del amor humano, para reconocer que la muerte tiene que ser una verdadera alegría para las almas amantes, mientras no haya sido purificada «la carne». Almas que sienten dentro de sí el amor, pero que la carne con sus exigencias, impide que la llama se exteriorice, mientras persisten esas exigencias desordenadas.

Y este es otro aspecto de la humildad del amor; en un mundo corpóreo, manchado por el pecado, el amor no puede vivir plenamente, pues en todas partes encuentra obstáculos. Obstáculos que comienzan dentro de la misma alma, esclavi-

zada por el orgullo original; prosiguen en la carne, incapaz de gozar la realidad del amor, y terminan en el mundo externo que la circunda.

Repetimos, la muerte es una auténtica liberación para el alma que ha suspirado por el Amor, fuente de todo amor. Después de la muerte el amor será plenamente los latidos del alma, como el corazón de una nueva vida. La aparente destrucción de la muerte no es más que eso, aparente; detrás de ella está la Vida. Lo dijo Aquel que es la Resurrección y la Vida. ¿Quién es el que se opone a que creamos esto con una fe viva? La concupiscencia de la carne, que con su ignorancia aprisiona al amor, impidiéndole el sacrificio, y no quiere que el amor se abraze a la muerte, que es el sacrificio de la carne.

Es que «la carne» es incapaz de pensar que el alma tiene otra vida, cuando ella sea consumida por la muerte. La carne no piensa, pero se defiende con los instintos. Y esta defensa de la carne puede predominar e influir en el alma, causándole una tortura: la tortura de creer que ella no es inmortal como su cuerpo. Entonces sería inconcebible un amor eterno, porque si el alma, que es el soporte del amor, desaparece, el amor no puede quedar en el vacío.

Pero no es la carne el principal enemigo del amor; es el espíritu del mal, que esclaviza al alma en el orgullo y el egoísmo, que puede derivar hasta en el odio. Este también reside en el alma que se le entrega, exactamente lo mismo que el amor. – Podemos decir que el odio es el reflejo del demonio, espíritu del mal; como el amor lo es de Dios, el Espíritu Santo – .

Si el verdadero amor es humilde, como liemos dicho, el odio surge del orgullo. Un amor orgulloso es una contradicción; mejor sería llamarlo un egoísmo orgulloso. El orgullo y el egoísmo son inseparables, como lo son la humildad y el

amor. Satanás es la personificación de éstas. La libertad del hombre puede elegir el odio o el amor; las dos realidades pueden vivir sucesivamente en el alma, jamás al mismo tiempo; como no pueden existir al mismo tiempo la luz y las tinieblas. Desconcertante campo de batalla en el alma humana: puede ser sucesivamente el cielo o el infierno.

Sólo el amor verdadero, que es humildad y sacrificio, dará al alma aquella libertad deseada: libertad interior, superando los obstáculos propios, el orgullo y la carne; y libertad exterior, que sabe respetar la libertad de los otros, y superar los obstáculos que se le presenten, por el egoísmo ajeno. El conseguir esta libertad íntima es un verdadero secreto, que Dios revela a aquellos que se mantienen en una actitud dócil y humilde: *«Escondiste estas cosas a los sabios y prudentes, y se las revelaste a los pequeñuelos»*.

XI

UNIDAD EN LA LIBERTAD

En esta obra liberadora de sí mismo, el hombre no ha debido tener presentes directamente a los otros hombres. Pero al final de esa liberación se encontrará unido en el mismo Espíritu con aquellos que, colaborando con la gracia, han realizado una obra idéntica a la suya. Posiblemente hayan recorrido distintos caminos, dada la diversidad de circunstancias internas y externas; pero todos habrán rectificado, desde la raíz de su ser, todo aquello que procedía de la esclavitud al espíritu del mal, y que se manifestaba en el egoísmo, aislando a unos de otros. Si todos se han liberado de su «yo», para tener un solo centro legítimo, el Bien, necesariamente estarán unidos entre sí. No importa que no se conozcan; la unión existirá desde que el respedivo «yo» ha cesado de ser el centro de su atención para dirigir ésta al Bien absoluto y verdadero. El alma que consiga ese profundo desarraigo de sí mismo, comenzará a tener aquella amplia mirada del Bien, hacia el cual se ha dirigido y con el cual ha debido penetrarse. La visión de las cosas cambia profundamente cuando se mira desde un punto de vista tan diverso; el panorama que se ve desde un valle es muy distinto del visto desde una montaña. Todos los vallados y fronteras que se ven definidos en el valle, surgidos por el egoísmo de los hombres, se tornan invisibles para aquella mirada, que, libre de sí misma, contempla desde la cúspide infinita del Bien.

No es mirando a los hombres como éstos se unen entre sí, porque incluso la bondad, que pueda existir entre ellos, no es perceptible de momento; lo que más resalta son todas aquellas cosas que proceden de la esclavitud al espíritu del mal, y éste

es motivo de separación entre los hombres. Uno que pretenda unirse a los hombres, al «prójimo», por usar un término evangélico, no lo conseguirá. Esa unión degenera frecuentemente en un «compromiso» humano, sin estar asentada en el Bien verdadero.

Por eso, para alcanzar un alma uni-verdad, en verdad ecuménica, es necesario, en primer lugar, la liberación personal del espíritu del mal, para conocer a fondo que eso es precisamente lo que separa a los hombres. Es entonces cuando se sentirá unido a la humanidad, sin estar unido al espíritu del mal que la esclaviza.

No se podrá correr ese camino de liberación propia sin la asistencia constante de Aquel que es la perfecta libertad: el Espíritu Santo. Es la obra regeneradora, a la que se ha aludido repetidamente, y que desconcierta a aquellos que viven esclavizados por el egoísmo del espíritu del mal: *«El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene, ni a dónde va, así es todo nacido del Espíritu»* Esta sensación humana de desconcierto no indica que no exista unidad en el modo de obrar del nacido del Espíritu. Esto sería negar unidad al modo de obrar del Espíritu Santo, si los nacidos de El carecen de esa unidad en sus actos. Sin duda que existe unidad, mas es una unidad misteriosa, que se asemeja al modo de obrar del Espíritu Santo, el cual no se atiene tul al mente a lo razonable, justo o conveniente, según la forma de pensar humana, sino que, siendo El la perfecta libertad, no tiene en cuenta para nada eso, rigiéndose por la verdadera justicia, que se dirige siempre e indeclinablemente hacia el Bien absoluto y total. Así debe obrar el nacido del Espíritu. Mas este bien no es posible que lo vean, en toda su claridad, los esclavizados por el espíritu del mal, en cualquiera de sus aspee los, pues éste no les deja desprenderse de sus razonamientos. De ahí que los desconcierte el modo de obrar

de aquéllos.

El que desee caminar por las sendas de la perfecta libertad, no tiene que tener en cuenta ese desconcierto, originado por una lina esclavitud del espíritu del mal; desconcierto que aún puede surgir en el mismo «renacido», cuando comienza a ser libre. Mas esta libertad interior, a medida que se introduce en las profundidades del Bien, le facilitará la unión con todos, por encima de esa esclavitud del mal que padece. El «desconcierto», la incomprensión, para la forma de actuar del nacido del Espíritu, no será motivo para que éste sea incomprendido para con ellos; su modo de actuar es divino, y Dios no es incomprendido para con el mal.

Todos los pasos del «renacido» tienen que ser dados en unión con este Espíritu; es Él el que libera y une; libera más y más de los obstáculos propios y ajenos, y une en la Verdad, en la Justicia y en el Amor. Por nosotros mismos somos capaces de una unión semejante. Es El, el Espíritu de Amor y de Verdad, el que no permitirá, si le somos fieles, que nos confundamos con el error o con el sentimentalismo.

Este es el mundo eterno, proyectado por Dios, desde toda la eternidad: Una sola Justicia, una sola Verdad, un solo Amor, un solo Bien: DIOS. Todo aquello que sea ajustado totalmente a esa Unidad, no participará del más vivo anhelo de Jesús: *«Para que todos sean uno, como Tú, Padre, estás en mí y yo en Ti, para que también ellos sean en nosotros...»*.

ÍNDICE

	<i>Págs.</i>
PRESENTACIÓN	2
ELEVACIÓN	5
INTRODUCCIÓN	6
Capítulo	
I. El ángel caído	12
II. En ángel caído, contra Jesús	21
III. El ángel caído, contra la Iglesia.	28
IV. La libertad del hombre	34
V. La libertad y la concupiscencia.	41
VI. El espíritu del mundo	52
VII. La esclavitud del dinero	67
VIII. Libertad y autoridad	80
IX. La libertad en la verdadera justicia	94
X. La libertad en el amor y la humildad	105
XI. Unidad en la libertad	111